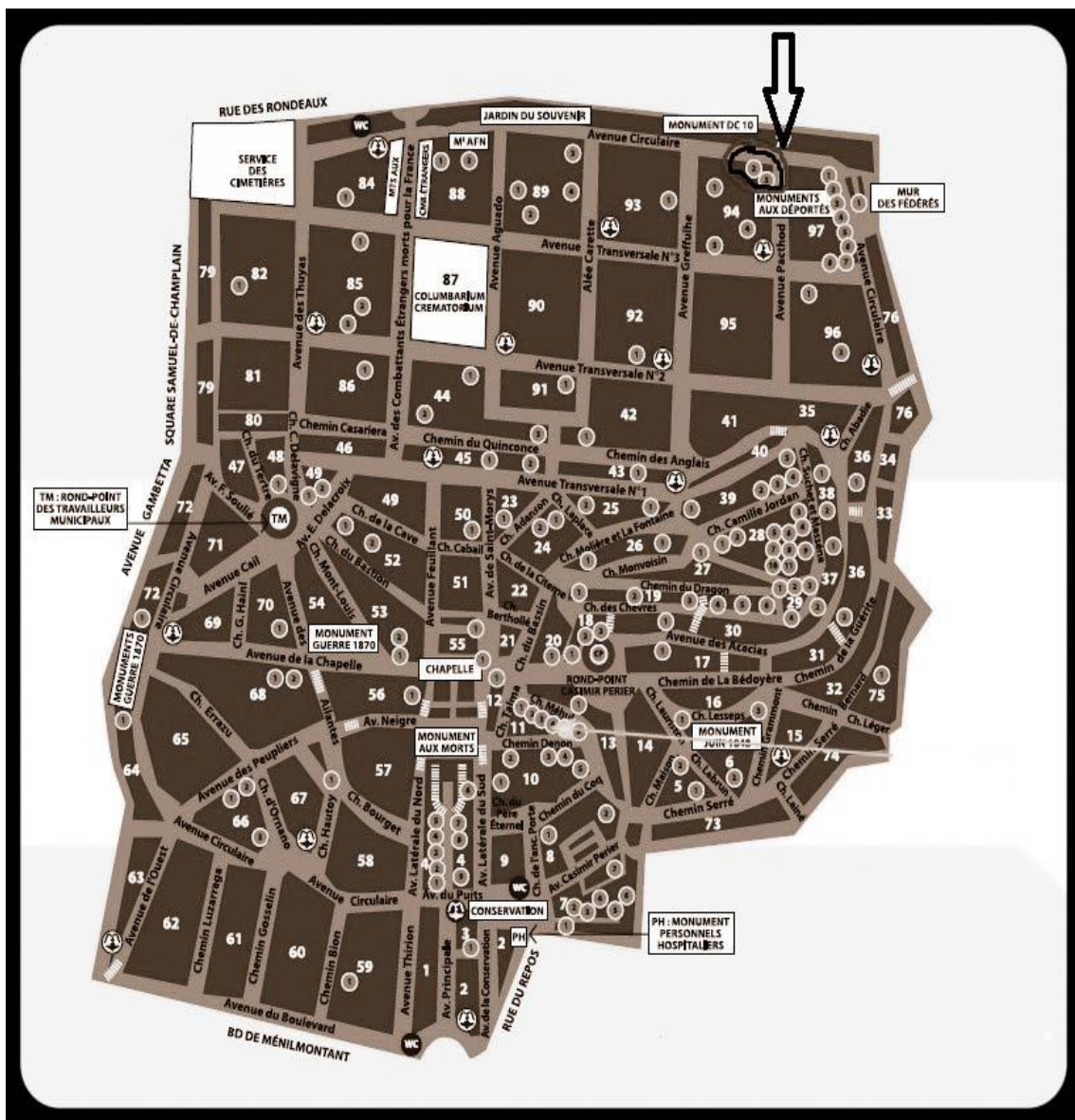


PREMIO DE DRAMATURGIA “MEMORIAS DE LOS CAMINOS”
IBERESCENA – IBER-RUTAS

“Gertrude Stein no es el nombre de un piano”

Seudónimo: WATANABE LEMANS



“Dramatis personae”

SELMA, escritora –y más cosas- a punto de recibir el Premio Nobel.

EDITOR, a punto de recibir algo también.

HOMBRE, versátil interpreta diferentes roles.

*MUJER, igual de versátil interpreta diferentes roles entre ellos el de
GERTRUDE STEIN*

SÍNTESIS:

En una Suecia en la que la nieve parece resistirse a llegar, una escritora atormentada se parapeta en su habitación de hotel de lujo esperando que el jurado del Premio Nobel le conceda este año por fin el galardón. Su polémica novela “Los impostores” se ha hecho viral a escala mundial y un grupo terrorista fundamentalista la ha amenazado de muerte por cuestionar el Ramadán. Mientras espera, a que nieve y a que el premio sea fallado, la escritora está acompañada en Estocolmo por su editor, un tipo sin escrúpulos que teme que su apadrinada pierda la cabeza cuando ésta le cuenta que está comenzando a oír voces, palabras sueltas inconexas o a comunicarse, entre otros, con Gertrude Stein. Esta es una obra cuyo oficio es denunciar los fanatismos, la xenofobia; una obra que habla de la traición, de relativizar “las verdades” oficiales –en el sentido Foucaultiano del término-. Todo enmarcado en un universo onírico muchas veces, documental otras. Un universo en el que tienen cabida la telepatía, Heisenberg, Gertrude Stein, el Ramadán, internet, Stephen Hawking, los cables bajo el agua, Nietzsche y el mismísimo Mahoma.

PRIMERA PARTE

CUADRO 1

Estocolmo, Suecia. Año dos mil dieciocho. No nieva. La ciudad está gris y fría pero no nieva todavía. Estocolmo se prepara para los actos de ceremonia y entrega de los premios Nobel. En pocas horas se conocerá el nombre de quién se ha hecho este año con el de literatura.

Interior de habitación de hotel. Una mujer sentada en una elegante butaca. Hay en la habitación otra silla elegante pero funcional, giratoria, de diseño. La mujer es SELMA. Está sentada mirando de lado a una gran pantalla en blanco situada en el fondo del escenario. Una cara desfigurada/pixelada, aparece en la pantalla. No distinguimos si es un hombre o una mujer. La imagen de la pantalla comienza a hablar. Sale un HOMBRE a escena. (Un HOMBRE y una MUJER harán de voces de las caras que salen en la pantalla. El cometido del HOMBRE y la MUJER es dar voz a las caras pixeladas que aparecen en pantalla -además de representar otros papeles-. El HOMBRE y la MUJER siempre irán vestidos de negro y blanco, respectivamente. El HOMBRE sale a escena cuando en la pantalla hable alguien que sea un hombre y la MUJER sale cuando desde la pantalla hable una mujer. El HOMBRE se situará siempre que salga en el frontal izquierdo del escenario. La MUJER se situará siempre en el frontal derecho del escenario).

En algunos momentos de la obra, se producen FLASHES que sitúan la acción en otro plano temporal diferente al presente. Los flashes o saltos en el tiempo serán indicados como tales en cada momento. El HOMBRE y la MUJER representarán diferentes papeles. Son personajes versátiles.

HOMBRE: Hola. Mi nombre es Rachid. Tengo 26 años y vivo en Reikiavik. Estudio telecomunicaciones aquí.

SELMA: Mucho gusto. **(No mira al HOMBRE, para SELMA la referencia es la pantalla).**

HOMBRE: Mi pregunta para usted es... ¿De veras cree que durante el Ramadán hay más casos de agresiones y asesinatos por parte de la comunidad musulmana?

SELMA: ¿Cuál es tu pregunta? ¿Si lo creo o si tengo datos para demostrarlo? No es una creencia. Es una afirmación basada en pruebas. Es objetivo.

La cara de la pantalla desaparece dando paso a una nueva cara. Pixelada. Siempre pixeladas y borrosas. El HOMBRE abandona la escena cuando la primera cara desaparece de la pantalla. La siguiente cara es la de una mujer aunque sólo se sabrá cuando comience a hablar. La MUJER sale a escena, vestida de blanco. Ocupa un frontal derecho del escenario.

MUJER: Mi nombre es Jasmine y vivo en Toulouse. Soy profesora de historia en un instituto. Quisiera decirle que me parece muy tendenciosa la manera en que conduce la historia de la mujer durante el juicio en Malasia en su novela "Los impostores". ¿De veras cree que una mujer musulmana se excusaría en el Ramadán para justificar un asesinato?

SELMA: Es una novela de denuncia.

MUJER: Es una osadía. Una afrenta a la religión de un pueblo porque...

SELMA: **(Le corta).** No es un ensayo. Es una novela. Nada más.

MUJER: Pero tiene millones de lectores.

SELMA: Ese es un buen dato.

MUJER: Su impacto. Su repercusión. ¿No ha pensado en la influencia sobre las personas que la leen?

SELMA: La historia siempre es inferior a la geografía. Mi novela es parte de la historia, en todo caso.

MUJER: ¿Qué significa eso?

SELMA: Significa que una roca o una montaña o un río o un árbol no pueden interpretarse.

Pausa.

SELMA: Pero lo que un hombre hace en esa roca, en esa montaña, en el río o con el árbol... sus acciones, son interpretables. La historia nunca es objetiva. La geografía, sí.

Pausa. Se repite la alternancia anterior. Nueva cara pixelada en la pantalla.

HOMBRE: Hola. Me llamo Marcio y vivo en *Manaus*. He leído su libro sobre un científico en una silla de ruedas que mantiene sexo con niños. ¿Es cierto que acusa encubiertamente a Stephen Hawking de pederastia? Eso es lo que se rumorea.

SELMA: Es una novela de ciencia ficción escrita hace... casi siete años. **(No presta mucha atención a la pantalla).**

HOMBRE: Un científico, una silla de ruedas. Es una imagen predecible. Ese es el rumor.

SELMA: Es una simple novela. El ochenta por ciento de las conversaciones que tenemos diariamente se basan en el intercambio de rumores. De incertidumbre.

HOMBRE: Es como si esperase que al hablar de un pintor que se cortó una oreja la gente no pensase en...

SELMA: **(Le interrumpe).** Me da igual lo que piense la gente, querido. El rumor es igual a la importancia del mismo multiplicado por su ambigüedad.

HOMBRE: ¿No me diga? ¿Sabe qué? Yo soy un seguidor de Stephen Hawking y estoy reuniendo firmas en *change punto org* para denunciar su libro.

SELMA: Me parece una gran idea. ¿Cuántas necesitas?

HOMBRE: Quince mil.

SELMA: ¿Cuántas tienes ya?

HOMBRE: Trescientas setenta y seis.

SELMA: ¿Cuánto tiempo llevas recogiendo firmas, Marcio?

HOMBRE: Diez meses.

SELMA coge su móvil del fondo de un bolso -que se encuentra a los pies de la butaca-. Teclea algo en el móvil. Tras unos segundos, responde a la voz.

SELMA: Si en trescientos y pico días has recogido trescientas setenta y seis firmas, calculo que para alcanzar las quince mil necesitarás once mil novecientos sesenta y ocho coma cero ocho días. Más o menos, treinta y dos coma siete años. Siendo optimistas.

HOMBRE: Es usted una cínica.

SELMA: Valoro tu voluntad. Te enviaré un ejemplar dedicado dentro de unos años pero esta es una sesión de skype para hablar sobre mi novela “Los impostores”, querido. No de otras de mis novelas.

Pausa. Se apaga la pantalla. SELMA se levanta camina por el escenario.

SELMA se acerca a una esquina del escenario. Hay una pequeña mesa con una jarra de agua y dos vasos. También hay unas botellas de alcohol. Se sirve un poco de agua en un vaso.

Entra un hombre: Es el EDITOR. SELMA se sirve otro vaso de agua. Está de espaldas a él. Él se para a unos metros de ella. El EDITOR lleva una tablet en las manos. Está muy pendiente de la tablet. La mira. Comprueba algunos datos. Piensa que ella no lo ha oído ni visto entrar.

SELMA: **(Habla sin girarse).** ¿Qué sabemos?

EDITOR: Las apuestas van fuertes por ti.

SELMA: Otro año la misma estupidez.

EDITOR: Este es tu año.

SELMA: **(Se gira).** Lo supe por el olfato.

EDITOR: ¿El qué?

SELMA: Que habías entrado en la habitación.

Pausa.

SELMA: Hueles a piña o a uva.

EDITOR: Que exótico.

Pausa.

SELMA: Cuanto daño ha hecho Heisenberg.

EDITOR: ¿Quién es Heisenberg?

SELMA: Un científico. Alemán. **Pausa.** No me hagas mucho caso. Pensaba en voz alta.

EDITOR: ¿Está vivo?

SELMA: No.

EDITOR: Ah, bien. Pues no habrá que encargarse de él.

SELMA: Eres ridículamente infantil.

EDITOR: Los pederastas me adoran.

SELMA: Heisenberg formuló el principio de incertidumbre.

EDITOR: ¿Tiene el premio nobel por eso?

SELMA: Sí. De física. En los años treinta.

EDITOR: Y tu muy pronto tendrás el tuyo.

SELMA: ¿Para qué necesito este premio?

EDITOR: Esa es una pregunta impropia de ti. No eres una mema. Es el premio Nobel de literatura, mi amorcito *ito ito*.

SELMA: Esa sí que es una respuesta mema. No dice nada al respecto.

EDITOR: Hay que saber esperar.

SELMA: Esta habitación de hotel. Me perturba. **(Se rasca con avidez como si de pronto la habitación le provocase prurito).**

EDITOR: Todos piensan en ti. Tu nombre sale en las quinielas.

SELMA: ¿En qué esquelas?

EDITOR: En las quinielas. Quinielas, he dicho.

SELMA: Había entendido esquelas.

Ella le hace un gesto como diciendo “estaba bromeando”.

Pausa.

SELMA: ¿Que consigo con esta majadería de responder por videoconferencia a todas esas personas? (**Señala la pantalla gigante**). ¿Dónde está Manaus?

EDITOR: Prestigio. Eso consigues.

El mira la tablet y teclea en ella.

SELMA: Preguntan para atacarme. Me ponen nerviosa. Esto no es un cuadrilátero.

EDITOR: Darle la mano al rey sueco, eso consigues. Manaus está en Brasil. Cerca del Amazonas. (**Mirando en su tablet**).

SELMA: Una mano es una mano.

EDITOR: Son royalties. Ventas aseguradas para la eternidad.

SELMA: No tengo hijos. No le doy valor a la eternidad.

EDITOR: He traído tus pastillas.

El EDITOR le da un pequeño frasco a SELMA. Ella lo coge y lo guarda en el bolso.

SELMA: Una mano es una mano. Sea la de un rey o la de un caudillo.

EDITOR: Tienes mucho tiempo libre, en mi opinión.

Pausa.

EDITOR: ¿Sabes cuánto nos ha costado esa pantalla y la conexión vía satélite? ¿Sabes cuánto nos ha costado que un técnico *pixele* cada cara para que tú no la veas mientras te hacen preguntas?

SELMA: ¿"Nos"? ¿"Nos ha costado"? **Pausa.** No puedo responder viendo sus caras. Necesito distancia. No es un capricho.

Pausa.

EDITOR: Esta habitación es una *suite*. Hablemos con propiedad.

SELMA: Las vistas son deprimentes. Estocolmo es como una maqueta. Parece que estuviese dentro de una de esas bolas de cristal que venden como suvenires.

EDITOR: Repite conmigo: "Estocolmo es una hermosa y hospitalaria ciudad... al menos hasta que me den el premio nobel de literatura".

Pausa.

SELMA: “Rosa es una rosa es una rosa es una rosa”.

EDITOR: Hablamos de Estocolmo.

SELMA: Para ser editor literario no tendrás ni idea de quién dijo esta frase, ¿me equivoco?

EDITOR: Qué más da. Las quinielas hablan de ti. Eso es todo.

SELMA: Antes... un chico llamado Rashid, no recuerdo exactamente, ¿Rashid?... me preguntó si creía que durante el Ramadán hay más agresiones y asesinatos.

EDITOR: Rama lama din dong. Rama dama dan.

Ella le mira. Con perplejidad pero asomando una sonrisa.

SELMA: Eres un tarado. Tengo un editor retrasado.

EDITOR: Te llamaré. Te telefonaré. Serás la primera en saberlo. Cuando se filtre. Te llamaré y te diré: **(Hace una imitación como si hablase con ella por teléfono)**. Oye, que sepas que tu nombre viaja en primera fila. Que sepas que tu nombre aparece en los neones de los eruditos del Nobel. Oye, tu nombre está hecho para colgar de una cadenita en los pescuezos de los dioses del Olimpo. Todas las urracas quieren llevarse tu nombre brillante a sus nidos, que lo sepas. **(Hace el gesto de colgar el teléfono que estaba imitando)**.

SELMA: Trabajaba en Reikiavik. O estudiaba. No recuerdo. Telecomunicaciones dijo, o algo así. Es curioso, ¿verdad?

EDITOR: Telecomunicaciones, en Reikiavik. ¿Para quién? Pero si allí solo viven trescientas mil personas. ¿Para los osos polares y los frailecillos?

SELMA: En Reikiavik no hay osos polares. Me refiero a su pregunta. Sé que pensaba que soy racista. O xenófoba. Islamófoba. Leyó “Los impostores”. Lo dice un personaje de esa novela. Lo de que durante el Ramadán... ya sabes... hay más actos violentos por parte de la comunidad musulmana. Y él pensó que yo, que había escrito el libro, pienso así. Me hacía cargo a mí de lo que dice uno de mis personajes.

El EDITOR se ha acercado a una ventana de la habitación. De frente al público.

EDITOR: Cómo puedes decir que Estocolmo es decadente. Sutokkuhorumu.

SELMA: Me da miedo la nieve.

EDITOR: ¿La nieve? Ahora no hay nieve. Ven a ver.

SELMA: No puedes correr.

EDITOR: Sí que puedes correr. En un trineo. Con perros. Tenemos dinero para comprar unos Huskies Siberianos.

SELMA: No puedes huir. No a la misma velocidad. La nieve lo ralentiza todo. El frío aumenta la presión arterial. Exige más esfuerzo al corazón. **Pausa.** Me da miedo la nieve. Me da miedo todo. Me da miedo que un pájaro se pose en la ventana. Me da miedo coger una taza y que se me caiga de las manos.

EDITOR: El miedo es lo que te hace escribir así de bien.

SELMA: Me he vuelto rara. He perdido concisión. Me he vuelto quebradiza.

EDITOR: ¿Quieres ir a ver a la calle más estrecha de la ciudad? Mide noventa centímetros de ancho. Está cerca de aquí. La gente va a hacerse fotos.

SELMA: Sabes que no puedo salir a la calle.

EDITOR: Está muy cerca de aquí, del hotel. *Marten Trotzigs Gränd.* Así se llama.

SELMA: No puedo salir. No estoy en un buen momento. La agorafobia ha vuelto con fuerza.

Pausa.

SELMA: ¿De qué me vale este maldito premio si la gente va a pensar de mí que soy una islamófoba, una racista? Pienso en ello. Es como si alguien hubiese cortocircuitado mi ego. Todos esos rumores que circulan sobre mí. Y todas las amenazas de muerte.

Pausa.

EDITOR: Escucha. Cada vez que respondes a uno de esos mensajes en la pantalla, en esa pantalla tan cara, ¿sabes qué logras?: hacerte viral. Penetrar en las redes sociales. Incrementos exponenciales de tu mensaje viajando por un montón de cables bajo el agua. Piensa en esa imagen: cables bajo el agua. Joder, ya sé que pensarás que es una estupidez... pero estoy obsesionado con esa imagen. Lo estoy. La gente piensa que el flujo incesante de datos por internet viaja por satélites o antenas... pues verás... el noventa y nueve por ciento viaja por cables bajo el agua. Cables de fibra óptica que cruzan océanos, mares y lagos. Ese tipo de imágenes me hacen babear de gusto. Tus

palabras. Tus pensamientos convertidos en palabras, empaquetados y encriptados en códigos viajando por cables bajo el agua.

En la habitación hay más muebles de los descritos pero se explicitarán cuando sean una referencia concreta para alguna acción en la que esté implicado algún personaje. SELMA se aproxima al ventanal se queda mirando a un punto fijo.

EDITOR: Se habla de ti. Reconocen tu marca. La literatura es esto: Impronta. El boca a boca no es suficiente. Hace falta un virus que propagar. Yo me encargo. Piénsalo: menciones por toda la red. Fragmentos. Televisados, en youtube. En aplicaciones de móvil. Momentos. Instantes. Un instante vale más que una entrevista de dos horas. La gente le pide sus deseos a las estrellas fugaces. No a las que están en el cielo quietas cada noche. **(El EDITOR ha ido a sentarse en la butaca).**

SELMA: Sabes... creo que Nietzsche tenía razón: somos los últimos hombres.

EDITOR: Qué últimos hombres.

SELMA: “Nosotros hemos inventado la felicidad”, dicen los últimos hombres, y parpadean.

EDITOR: Yo no parpadeo. Es perder tiempo.

SELMA: Nietzsche pensaba que Occidente se movía en esa dirección. Camino de convertirse en la civilización de los últimos hombres. Apáticas criaturitas. Desprovistas de voluntad, de compromisos. Cansados de soñar. Erráticos, incapaces de asumir ya riesgos. Aferrados al bienestar, inmersos en ridículos placeres cotidianos. Sus convicciones siendo ya solo brasas apagándose.

Pausa.

SELMA: A veces creo... ¿sabes qué creo?... a veces creo que los fundamentalistas radicales que quieren matarme... a veces pienso que ese tipo de bestias, dispuestas a arriesgarlo todo, entregadas a la batalla hasta la autoaniquilación si es necesario; esos mediocres están llenos de intensidad apasionada. De la intensidad apasionada que nosotros hemos ido perdiendo.

EDITOR: Cómo puedes decir semejante gilipollez, por favor.

SELMA: Sal a la calle y difúndelo. Haz algo productivo. Hazlo viral. Que viaje por cables bajo el agua.

Pausa.

EDITOR: ¿Con quién hablabas cuando entré en la habitación?

SELMA: Sola.

EDITOR: Me preocupa.

SELMA: No seas imbécil. **Pausa.** Mira, ven. ¿Ves aquel edificio?

EDITOR: **(Se acerca al ventanal).** ¿Aquel?, ¿Cuál?

SELMA: Aquel edificio de ladrillo rojo.

EDITOR: Sí. Qué le ocurre.

SELMA: Hay un hombre. He visto a un hombre. En la azotea.

EDITOR: ¿Un hombre?

SELMA: Sí.

EDITOR: ¿De qué hablas?

SELMA: Lo veo desde que llegué. Desde hace cuatro días. Sale a la azotea y se acerca al filo. Parece que fuese a saltar pero no lo hace. No salta. Parece que sopesa el salto. Que calculase el impacto de su inexistencia. Suele apostarse allí cada mañana y está sobre la cornisa unos minutos. Hace unas horas vi cómo movía una pierna hacia delante, hacia el vacío, pero luego dio marcha atrás.

EDITOR: ¿Y bien? Ahora no hay ningún hombre allí.

SELMA: No se atreve. A morir. A quitarse la vida.

Pausa larga. El EDITOR no sabe muy bien qué decir. Cambia de tema. Ella sigue mirando al edificio de ladrillo rojo.

EDITOR: Quiero advertirte de una cosa: una futura premio nobel de literatura que va a estrechar la mano del rey de Suecia no puede hablar sola. No eres *Elfriede Jelinek*.

SELMA: Desde hace unos días me ocurre algo muy extraño. Estando sola. Oigo una voz. Súbitamente. Un monosílabo. Un par de palabras como mucho. Una voz con una claridad excelente. Limpia como el sonido de un harpa. Y luego me duele una

barbaridad la cabeza. Palabras sencillas. Las oigo. Una voz masculina. Luego el dolor es tan fuerte en mi cabeza que me desmayo unos segundos.

EDITOR: Me estás asustando. De veras.

SELMA: Tranquilo. Son solo palabras sueltas. Pequeñas palabras. No te asustes.

Pausa. Él intenta cambiar de tema de nuevo.

EDITOR: ¿Sabes qué rutas siguen esos cables bajo el agua de los que te hablo? Esos cables imitan las rutas utilizadas por los buques de carga. En un cable que mida seis mil kilómetros la información puede ir y volver por debajo del mar en no más de sesenta milésimas de segundo.

Pausa. Ella se da cuenta de que él pretende cambiar de tema.

SELMA: Si se tirase...tardaría más ese tipo en llegar al suelo desde la azotea del edificio de ladrillo rojo que un email en atravesar esos seis mil kilómetros. **(SELMA mira al EDITOR. Éste parece pensativo. Preocupado por algo).** Eh, tranquilo. No me he vuelto loca.

Pausa.

EDITOR: No he dicho eso.

SELMA: Si te he contado lo de esas palabras que oigo es... porque tengo confianza en ti. Qué sería de las personas sin la confianza. Desconfiar de todo y de todos. Eso nos vuelve más débiles, ¿verdad? Y, sin embargo, no es algo que puedas meter en un bote.

EDITOR: ¿Meter en un bote?

SELMA: Sí. La confianza. No es algo tangible. Medible. Con la confianza no valen esas fórmulas. Renunciamos a la métrica tradicional. Debemos usar otras aproximaciones.

EDITOR: Como sea... Me alegra que confíes. En mí.

SELMA: La confianza es como montarse en un caballo con los ojos vendados. Tus propios ojos, no los del caballo. Alguien la definió como “el sentimiento de poder creer a una persona incluso cuando sabemos que mentiríamos si estuviésemos en su lugar”.

Pausa. Se crea un silencio incómodo entre ambos.

SELMA: Así que... salgo en todas las esquelas, ¿no?

EDITOR: En todas. Una esquela es una esquela que es una esquela.

SELMA: Ya. No voy a dejar que piensen que soy una racista.

EDITOR: Eso da ventas. La polémica escritora. La controvertida. La no racista que parece que sí lo es. La escritura debe ser recalcitrante. Hoy la xenofobia sutil está de moda. Es una manera de forzar reflexiones. La discordancia genera debate. La sutileza jamás pasa de moda.

SELMA: Eres un psicópata.

EDITOR: “Aquí está Johnny” (**Él se ríe. Hace un gesto imitando a Jack Nicholson en “El resplandor”: finge tener un hacha y romper una puerta y luego fuerza la cara**). Me encanta esa escena en la que Jack Nicholson rompe a hachazos la puerta del baño donde está su mujer cagada de miedo.

Pausa.

SELMA: Leí que repitieron esa escena hasta ciento cincuenta y siete veces. Ciento cincuenta y siete veces para que Kubrick... confiase en ella. **Pausa.** Dime la verdad... ¿Crees que soy racista?

EDITOR: Yo no he dicho que...

SELMA: (**Le interrumpe**). Soy una escritora de izquierdas. Comprometida. Cuento historias. No pierdas eso de vista. Responde: ¿Crees que soy islamófoba?

EDITOR: Hablabas sola. Qué quieres que piense.

Él le hace un gesto dándole a entender que está siendo sarcástico. Bromeando.

SELMA: Quiero, verás... Quiero que me traigas documentos que acrediten esa postura. La del personaje en “Los impostores”; el que dice que durante el Ramadán hay más actos violentos, más agresiones. Quiero cerrar bocas.

EDITOR: No lo necesitas... Olvídate de ese asunto.

Pausa.

SELMA: Tengo tanto miedo. Tengo el cuerpo en el miedo.

EDITOR: Será al revés.

SELMA: No. Tengo el cuerpo en el miedo. Estoy dentro del miedo. Como si estuviese metida en un botecito con miedo líquido. Precintada. Sin poder salir. El miedo intentando penetrar por cada poro. Por cada recoveco.

EDITOR: Lo sé. Lo llaman pánico. Lo comprendo.

SELMA: Pánico era un semidiós griego. **(Pausa)**. Si van a matarme que lo hagan ya, joder.

EDITOR: Ningún fundamentalista va a matarte.

Se produce un primer FLASH. SELMA camina hacia la parte delantera del escenario. Una iluminación diferente. Entra el HOMBRE – el HOMBRE y la MUJER harán diferentes papeles, siempre vestidos de negro él y de blanco ella-. Cuando el HOMBRE o la MUJER vayan vestidos de otro modo se especificará-. El HOMBRE accede al escenario por la izquierda, viste de negro. Trae un libro en las manos. El HOMBRE trata de imitar un acento árabe.

SELMA: Hola **(Le da la mano. El HOMBRE se la da a ella)** ¿Cómo te llamas?

HOMBRE: Hassan. **(Le da el libro a SELMA)**.

SELMA: ¿Te ha gustado el libro, Hassan?

El HOMBRE no responde. Ella reacciona tras unos segundos.

SELMA: Qué quieres que ponga. ¿Algo en concreto?

HOMBRE: No sé. Usted es la autora.

SELMA: Está bien.

HOMBRE: Ah, sí. Ya sé. Dibuje al profeta.

SELMA: ¿Cómo dices?

HOMBRE: Puede dibujar al profeta. Dibuje al profeta. Haga una caricatura del profeta.

SELMA: Hassan, verás... No soy caricaturista.

HOMBRE: Dibújelo. Ese será mi autógrafo.

SELMA: No hago eso.

HOMBRE: Por qué no. ¿No se atreve usted?

SELMA: Ya te lo he dicho. Esta es una feria del libro. Aquí firmo mis novelas. No hago caricaturas.

HOMBRE: Es fácil. Seguro que sabe hacerlo. ¿No sabe dibujarlo?

SELMA: Puedo llamar a seguridad, Hassan, y te sacarán de aquí. Te harían muchas preguntas.

HOMBRE: ¿Puedo hacerle yo una a usted?

SELMA le mira. No pierde la sonrisa.

HOMBRE: ¿Le gusta visitar las tumbas de escritoras que admiraban a los nazis?

SELMA: No me gusta visitar tumbas.

HOMBRE: Hay unas fotografías tuyas.

SELMA: Esta es una firma de libros, Hassan. Hay gente esperando. No sé de qué hablas.

HOMBRE: De esas fotos de usted en la tumba de una mujer... de esa mujer que está enterrada en París. De esa escritora que defendió a los nazis.

Pausa. Ella abre el libro. Se dispone a firmar. Saca un bolígrafo del bolsillo.

SELMA: ¿El libro es para ti o para alguien al que se lo quieras regalar? (*Sonriente*).

HOMBRE: Es para mí. (**Él la mira. También sonriente. Pausa**). ¿Sabe lo que quiero hacer... con el libro?... Pues, verá,... cuando encuentre un rato tranquilo, un mes de Ramadán quiero... deseo... después de haber hecho el ayuno y tras haber podido comer... lo que deseo hacer es bajarme los pantalones, cagar encima de su libro, cagar todo lo que pueda hasta que me duela el intestino, cagar todo lo que haya comido, dejarlo, dejar... su libro lleno de mierda; mi mierda, en la portada, en las páginas interiores, en el prólogo, impregnar todo el libro, todo, con mis excrementos. (**SELMA mira el libro. No sabe cómo reaccionar**). Y luego mearle todo lo que tenga en la vejiga para acabar escupiendo encima y dejándolo en la tumba de esa mujer fascista que usted fue a visitar. Al final, sí, verá, al final... mejor le echaré gasolina y lo dejaré arder porque cuando este libro arda, cuando su libro arda, lograré hacer algo admirable con esta miserable roña *colaboracionista* que ha escrito. Así que... no se moleste con el autógrafo. (**El HOMBRE sonríe, le arranca el libro con desdén de las manos y se va. Ella se queda paralizada. Cuando el HOMBRE ha salido, SELMA vuelve a la**

situación donde estaba con el editor. La iluminación vuelve a ser la anterior al momento del flash).

EDITOR: Qué piensas.

SELMA: Estaba recordando una firma de libros. Aquel chico que vino con su libro.

EDITOR: ¿Qué chico?

SELMA: Nunca te lo conté. Pensaba que sería algo puntual. Me llamó... ¿Cómo dijo? Colaboracionista. Sí. Decía que la única manera admirable de hacer algo con “Los impostores”, con la novela, era hacerla arder. Me pidió que le dibujase... bueno. Da igual.

EDITOR: Los libros arden mal.

SELMA: Me habló de las fotos. Yo las había visto. Habían salido aquella misma mañana en varios medios.

EDITOR: Pensaba que era un tema ya zanjado.

SELMA: ¿Quién lo decidió? Zanjarlo.

EDITOR: Son cosas que se sobreentienden. Lo hablamos intensamente.

SELMA camina hacia el ventanal. Pausa.

SELMA: Yo creo que también tiene miedo.

EDITOR: ¿De qué hablas?

SELMA: El hombre de ese edificio de ladrillo rojo. No sé que le ocurrirá.

EDITOR: Qué más dará eso.

SELMA: La desesperación más absoluta. Supongo.

EDITOR: ¿Quieres que llame a la policía?

SELMA: ¿Para qué?

EDITOR: Para que le sigan la pista.

SELMA: No. Quiero que me traigas unos prismáticos.

EDITOR: Yo apuesto a que tienes mejores cosas que hacer.

SELMA: Sí. Tú eres el que lleva las apuestas. Las quinielas.

EDITOR: Las esuelas.

SELMA: Me gustaría estar a solas un rato.

EDITOR: Está bien. Tú mandas.

Él se acerca a ella. SELMA le da la espalda mirando de frente al ventanal. Se queda parado tras ella unos segundos.

SELMA: Tranquilo. Estocolmo es una hermosa y hospitalaria ciudad... al menos hasta que me den el nobel. **(Estando de espaldas al EDITOR, sin mirarlo a la cara).**

EDITOR: Te traeré unos prismáticos. Vuelvo en una hora.

Él sale. SELMA se queda mirando al exterior. A los pocos segundos tras salir el EDITOR, la pantalla se enciende. Aparece una foto de un edificio de ladrillo rojo. Se ve con claridad. Nítida, no pixelada. Comienza así el CUADRO 2 (Sin oscurecer el escenario, necesariamente. Suena una música compuesta de susurros, voces ininteligibles, cuchicheos, murmullos, una suerte de dark jazz irritante; la iluminación solo se hace un poco más tenue. SELMA se acerca a servirse una copa en la mesa. Bebe. La música parece perturbarle).

CUADRO 2.

La iluminación vuelve a equilibrarse. Aumenta. La música desaparece. En la pantalla sigue el edificio de ladrillo rojo. SELMA mira a la pantalla. El HOMBRE entra por el lado izquierdo del escenario. Esta vez el HOMBRE llevará puesto un jersey de lana con estampado de algún animal. Habrá una mesa negra en el lado izquierdo o la puede traer él mismo. Se sube a la mesa. Se acerca, asustado, al filo de la mesa. Se queda allí parado. Mira al suelo, como si realmente la mesa fuese lo alto de una azotea. SELMA camina hasta la ventana. Ve al hombre.

SELMA: Ahí estás.

Pausa.

SELMA: ¿Qué es lo que quieres hacer, capullo?

EL HOMBRE en la mesa recula da unos pasos atrás.

SELMA: Tienes miedo. Idiota. Vete a tu casa. ¿Por qué habrías de querer quitarte la vida? Vete a tu casa.

Pausa. El HOMBRE vuelve a acercarse al filo. Saca un pie del filo hacia el vacío.

SELMA: Pero qué mierda se te pasa por la cabeza. Da un paso atrás. No lo hagas.

El HOMBRE se baja de la mesa. Deja la mesa en escena; él sale.

SELMA: ¿Me has visto? ¿A dónde vas? Sé que me has visto. Sé que sabes que te observo. Sé que lo sabes. Qué razón tenía Heisenberg.

Pausa. SELMA se acerca a la butaca y se sienta. La iluminación no recae ahora en ella.

CUADRO 3

Se ilumina un lateral del escenario. El lado izquierdo. Entra el HOMBRE y la MUJER. Él trae una silla y ella trae otra. Ambos se sientan, junto a la mesa, uno en frente del otro. La MUJER lleva también un jersey de lana con estampado de flores, pantalones blancos. El HOMBRE lleva puesto el jersey de lana con estampado de algún animal. Pantalones negros. La MUJER saca una baraja de cartas del bolsillo. Las echa sobre la mesa.

MUJER: No me puedo creer que haya aprendido a jugar al tute. Me enseñó Gina.

El HOMBRE no responde.

MUJER: Es divertido. Pero tú no quieres jugar, claro. No hace falta que me lo digas. ¿Te ha pasado ese dolor punzante de cabeza que tenías? Te he visto apuntar unas palabras en una libreta. ¿Qué apuntabas? **(Él saca una pequeña libreta de su bolsillo del pantalón. La pone sobre la mesa. Se la pasa a ella para que la lea. Ella lee).**

MUJER: “Ramadán”. “Manaus”. “Heisenberg”. ¿Qué son esas palabras? ¿Qué significan?

Él se encoge de hombros no contesta. Pausa.

MUJER: Da igual. Yo estoy contenta por haber aprendido a jugar al tute. Gracias a Gina. **Pausa.** Gina es una persona genial. Ella seguro que sabría encontrar una conexión entre esas tres palabras. Como un mensaje encriptado. Ayer vi un reportaje mientras tú dormías. No me gusta que subas tanto a la azotea. ¿A qué subes? (**Ella baraja las cartas y las echa en la mesa**).

El HOMBRE está callado. Mira las cartas sobre la mesa. A veces la mira a ella.

MUJER: Era un reportaje sobre personas que se intentaron suicidar pero al final se salvaron. Todas se habían intentado tirar desde lo alto de un edificio o un puente. O un acueducto. Uno se lanzó desde un aerogenerador de un parque eólico.

Pausa.

MUJER: Pues eso. Que les entrevistaban. Y era muy llamativo. Les preguntaban qué pensaban mientras caían. Mientras se lanzaban al vacío para morir.

Pausa.

MUJER: Me lo dijo Gina. Me escribió un *wasap* y me dijo: pon en el canal tres. Mira un reportaje que están echando. Yo ya lo tenía puesto antes de que Gina me mandase el mensaje.

Pausa.

MUJER: Le preguntaban a un tipo que se había arrojado desde lo alto de un edificio de oficinas en Nicosia. Le preguntaban qué sentía al caer. El tipo bebía un zumo en un brick. Y miraba a unos hombres jugando al dominó, mientras la reportera le preguntaba y la cámara le grababa. Era un hombre de unos sesenta años.

Pausa.

MUJER: Dijo: lo que sentí al tirarme es que el tiempo se ralentizó. Se hizo más denso. Y aunque no quería, todo el tiempo que duró la caída intentó adoptar una posición vertical para caer de pie. A él le daba igual caer de pié. Él quería matarse, pero es una reacción natural del cuerpo, buscar la verticalidad. No sabía que había edificios altos en Nicosia. ¿Tu lo sabías? (**Él niega con la cabeza**).

MUJER: Heisenberg. ¿Quién es? Y Manaus. **(Ella se muestra pensativa)**. ¿Son nombres de personas o de ciudades? Ramadán. Eso ya sé lo que es. No comprendo la relación. No entiendo nada. **Pausa**. Se lo preguntaré a Gina, si te parece bien.

Pausa.

MUJER: ¿Tú crees en la telepatía? Gina dice que sí. Que hay que creer.

Pausa.

MUJER: Estaba como loca hoy. Es que Gina es muy loca. Pero en el buen sentido de la palabra. Es curioso, ¿verdad?, cómo podemos decir de alguien que está loco en el buen sentido y en el mal sentido. Hay pocas palabras que acepten esa mutabilidad. **Pausa**. Me pregunta a menudo por ti. Gina. Vendrá un día a cenar. Sé que quiere verte. Pues eso... la invitaré un día a cenar. Ah, me habló de un experimento. Estaba como loca por el experimento. Lo vio en la televisión. Un experimento que demostraba que existe la telepatía. Si tuviese un gato le llamaría Heisenberg. Me gusta. Si fuese gata... Nicosia.

Pausa. El HOMBRE se levanta de la silla.

MUJER: ¿Dónde vas?

El HOMBRE no contesta. Oscurece en este lado del escenario. Ambos, HOMBRE y MUJER salen. Se llevan la mesa y las sillas. El HOMBRE y la MUJER solo irán vestidos con jerséis con estampado animal cuando se explicita en el texto. Si no se explicita, vestirán solo de negro/blanco respectivamente.

CUADRO 4

Habitación de hotel de lujo. SELMA, en la butaca.

SELMA: Tengo que ganarme la confianza de tanta gente. O, al revés, perder la confianza de unos pocos. Recuerdo aquellas primeras entrevistas. Las entrevistas para los medios.

Se produce un segundo FLASH. Entra la MUJER por la derecha. Trae dos sillas al centro del escenario. La iluminación cambia. SELMA se sienta en una de las sillas. La mujer en la otra. La MUJER viste solo de blanco.

MUJER: No debe estar nerviosa.

SELMA: No me gustan las cámaras.

MUJER: Es usted la que tiene que gustarle a ellas.

Pausa.

MUJER: Querría preguntarle por esas fotos. Han causado revuelo.

SELMA: No lo comprendo muy bien. Por qué ese revuelo.

MUJER: Se le ve a usted junto a la tumba de *Gertrude Stein*.

SELMA: ¿Y cuál es la incógnita?

MUJER: Se trata más bien de un dilema

SELMA: Qué dilema.

MUJER: Muchos medios han asociado esa visita a la tumba de la escritora con la publicación de su última novela "Los impostores".

SELMA: No consigo comprender qué es lo que han asociado.

MUJER: Usted es abiertamente lesbiana. Ella también lo era.

SELMA: Está bien. ¿A dónde quiere ir a parar?

MUJER: Se ha declarado abiertamente feminista y de izquierdas.

SELMA: ¿Y qué?

MUJER: Ese es el dilema. Mucha gente tenía otra imagen de usted.

SELMA: Qué imagen. A qué se refiere. Es que no consigo entenderla. Va muy deprisa.

MUJER: En su novela usted denuncia el Ramadán como un acto...

SELMA: **(Le interrumpe)**. Dogmático. Un acto dogmático y arbitrario. Fanático. Como tantos otros propios de cualquier otra religión... Denuncio cualquier acto dogmático. Los fanatismos religiosos. Todos. Incluidos los de los católicos, o quienes sean.

MUJER: No obstante,... verifiquemos un dato con usted: ¿el mismo día que presentó su novela en París, su polémica novela “Los impostores”, es cuando se tomaron esas fotos?

SELMA: Yo estaba en el cementerio para dar un paseo. Me recomendaron visitar el cementerio de *Pere Lachaise*. Nunca lo había visitado. Allí hay una enorme lista de escritores enterrados. También está Jim Morrison.

MUJER: Pero usted visitó la tumba de Gertrude Stein. No la de otros escritores. Ni la de Jim Morrison.

SELMA: ¿Qué tiene eso de malo? Es una escritora.

MUJER: Tildada de colaboracionista.

SELMA: ¿Colaboracionista? Usted no estuvo allí. No sabe qué pensaba. Tiene una estatua en Bryant Park, en Nueva York ¿Lo sabía? Dígales a los Neoyorkinos que la retiren.

MUJER: Muchos le acusan de querer levantar polvareda innecesariamente. Un libro criticando al Ramadán.

SELMA: No es una crítica. Es una simple metáfora sobre los fanatismos. Podría hacer un libro con Juana de Arco sobre el mismo tema. Es una metáfora. No una tesis.

MUJER: Y esas fotos en la tumba de Gertrude Stein. ¿No le parece una audacia por su parte?

SELMA: ¿Una audacia? ¿Cuántas veces a lo largo del día emplea esa palabra en sus entrevistas? Me gustaría tener ese dato. Sería revelador.

MUJER: Tiene usted a la ultraderecha de media Europa de su parte. ¿Qué le parece eso? Que los líderes políticos de ultraderecha sintonicen con sus opiniones. Que salgan a defender su libertad frente a los musulmanes que se sienten insultados. Frente a ese grupo terrorista que le ha puesto precio a su cabeza.

SELMA: Supongo que a río revuelto... ya sabe.

MUJER: Siendo lesbiana... ¿Qué opinión tiene de una lesbiana y judía que miró para otro lado mientras miles de homosexuales y judíos eran llevados a campos de concentración?

SELMA: ¿Que miró para otro lado?

Pausa.

SELMA: Seguro que no había oído hablar usted antes de Gertrude Stein. Estoy convencida de eso.

MUJER: Eso es muy arrogante por su parte.

SELMA: ¿Qué quiere que le diga?

Pausa. SELMA no reacciona. No responde.

MUJER: ¿Qué sabe de Gertrude Stein? ¿Qué puede usted contarles a nuestros espectadores de ella?

SELMA: Verá... sé que... Sé que Gertrude Stein no es el nombre de un fabricante de pianos.

SELMA se levanta. La MUJER también, recoge las dos sillas y sale.

SELMA: Todas aquellas entrevistas. Una especie de virus. Con su efecto devastador. Los rumores que circulaban sobre mí. Por cables bajo el agua y por donde fuese.

Entra el HOMBRE y la MUJER en escena. Se quedan en los laterales. Suena un teléfono en algún rincón de la habitación de hotel. SELMA lo coge. Contesta. Su conversación se intercala con la conversación del HOMBRE y la MUJER.

SELMA: ¿Mamá? Hola. Pero... Pero qué sorpresa...

HOMBRE: ¿Nos encontramos ante un nuevo tipo de intelectual: el que tira la piedra y esconde la mano?

MUJER: Boko Haram. ¿Sabemos qué significa Boko Haram? Es lengua hausa, africana. En su traducción de la lengua hausa significa...

SELMA: No. Claro. Estoy muy bien. Pero sabes... sabes que debo ser yo... sí, debo ser yo quien te llame. Sí. Estoy muy contenta. ¿Quién? ¿En Nigeria? No. No veo la tele, mamá...

MUJER: Significa: “la educación Occidental está prohibida”.

SELMA: Es terrible. ¿Niñas? ¿Doscientas? Que abominación, mamá. No quiero saber los detalles. Sí. Quiero... quiero que estés tranquila. **(Parece que a SELMA le duele la cabeza).**

HOMBRE: Consideremos preguntarle algún día qué hubiese hecho ella si viviese en Francia y los nazis ocupasen el país. ¿Se quedaría allí, escribiendo y traduciendo los discursos del Mariscal Pétain? ¿Se quedaría allí teniendo veladas con Picasso y Matisse mientras miles de judíos y homosexuales eran llevados a los campos de exterminio? Eso es lo que la gente quiere saber. Lo que algún periodista debería haberle preguntado a la brillante autora de “Los impostores”.

SELMA: Yo estoy muy protegida, mamá. Estoy en una ciudad muy segura. Sí. He salido a dar un paseo. Por supuesto que sí. Sí. Hay una calle. La calle más estrecha de la ciudad. He estado allí. Una turista más. Y todo muy sereno. No. No vivo con temor, mamá. De veras... Estocolmo. Sí. No, la sirenita es en Copenhague.

MUJER: ¿Cómo podríamos llamarle a la islamofobia de nuestros intelectuales y líderes políticos en Europa? “La educación musulmana está prohibida”. Al final es un tipo similar de fundamentalismo.

SELMA: Sí. Mamá. No quiero hablar de eso. No me gusta que busques esas cosas en internet. Sí. Sé quien era... sé quién era Theo Van Gogh. Sí. Ya lo sé. Él creía en lo que hacía. En Holanda, sí. Asesinado. No pienso en ello. Mamá, escucha... Mamá... Ya. Lo sé.

HOMBRE: Quizás pensemos que los occidentales somos menos... medievales.

SELMA: El premio se entrega mañana. Estoy muy orgullosa. Y tú... oh... sí. Ya lo sé. Es tan especial oír eso, mamá.

MUJER: Ellos son modernos. Decapitaciones transmitidas por los medios. No enmascaran su brutalidad. Eso los hace radicales. No medievales. Sus líderes religiosos tienen relojes suizos, Ferraris, firman sus sentencias de lapidación o latigazos con plumas Montblanc auténticas, su financiación está bien resuelta. No solo creen a pies juntillas en los paraísos celestiales sino que también lo hacen en los paraísos fiscales.

SELMA: (Se sienta en el suelo. Antes coge un vaso con un poco de alcohol y bebe sentada en el suelo. Sigue hablando por teléfono. Un teléfono inalámbrico). No mamá. ¿Las fotos en el cementerio? No. No fue idea mía. Mi editor. Sí. Lo hemos hablado. Claro que lo hemos hablado. Es una larga historia. Ya te la contaré... sí. Sé por qué lo hizo, mamá. Ahora no hablemos de eso, ¿de acuerdo? ¿Cómo...? Pues no.

No sabía que esa escritora tenía esa fama. Gertrude. Sí. Gertrude Stein. No. Mamá, en la vida se toman riesgos.

HOMBRE: Ellos dicen que nosotros somos esclavos. Que ellos son libres. Que servir a Dios es su única servidumbre. No a ningún amo terrenal. Ellos dicen que los occidentales “están sometidos a la voluntad arbitraria de otras personas”. Sometidos a normas abstractas e impersonales. Unos legislan y otros obedecen.

SELMA: No. Gertrude Stein está muerta. No puedo hablar con ella, mamá. No. Hace muchos años, mamá. Si. Murió hace muchos años. Claro. Ya me gustaría... claro que me gustaría poder hablar con ella pero está muerta. Sí.

MUJER: Si fuesen más racistas, en el sentido rotundo de la palabra; si tuviesen una auténtica convicción racista y pensasen que son superiores... Superiores a nosotros, los infieles, pero en el fondo lo que les pasa a los fundamentalistas es que están fascinados por nuestros valores, hechizados y, al mismo tiempo, irritados profundamente con los que no creen en lo que ellos creen.

SELMA: Iré a verte. Quiero alejarme de todo esto una larga temporada. Sí, mamá. Pues sí. Eso es. Tal y como te dije. Me cortaré el pelo y compraré una mascota. No digas esas cosas. Una lesbiana no lleva siempre el pelo corto, mamá. En qué extraño mundo vives. No. **(SELMA se ríe. Se congancia con ella misma).** No, un gato no. Un perro. Una perra. Sí.

HOMBRE: Ellos mismos, los fundamentalistas, se consideran calladamente y en secreto inferiores a nosotros. Tienen miedo a ser seducidos por nosotros. Por eso...

MUJER: Van a por nosotros. Por eso van a por esa escritora que está a punto de ganar el nobel.

SELMA sigue pegada al teléfono. Escucha.

HOMBRE: El dos de noviembre de 2004 Theo Van Gogh, un célebre cineasta Holandés de cuarenta y siete años, salió de su casa en Amsterdam montado en bicicleta camino de su trabajo. Había recibido amenazas de muerte por parte de grupos radicales islamistas.

MUJER: En un momento del camino, fue asaltado por un joven de veintiséis años llamado Mohammed Bouyeri. Éste le disparó y Theo cayó de la bicicleta.

HOMBRE: Bouyeri lo remató en el suelo.

Suenan ocho disparos.

MUJER: Ocho disparos. Luego lo apuñaló varias veces y...

HOMBRE: Finalmente lo degolló y se fue pero dejó antes de irse una carta, clavada en el cadáver. Una carta de amenazas a otros.

MUJER: Una carta de cinco páginas. Cinco.

SELMA: Sí. Sí, mamá. Y yo... Yo... Yo también te quiero. **(SELMA apaga el teléfono. Lo deja en el suelo. Se tumba en el suelo de la habitación. Llora).**

EL HOMBRE y la MUJER salen. SELMA se incorpora y se sienta en una butaca.

SELMA: Un año, siete meses, catorce días y nueve horas... amenazada de muerte. Odio... odio, de veras, cuando alguien habla... cuando alguien comenta lo de la “sinrazón” de los integristas. ¿Sinrazón? Para ellos solo hay razones. Están cargados de razones.

Pausa.

La pantalla se enciende. Una nueva cara pixelada sustituye al edificio de ladrillo rojo. Suena una voz. Selma de espaldas a la pantalla. No se molesta en mirar.

HOMBRE: Querida Selma. Su trabajo me inspira.

SELMA: **(La imita en voz baja).** “Querida Selma. Su trabajo me inspira”. **(Cambia el tono).** Muchas gracias. A mí me inspira que te inspire. Mientras hablemos de inspiración no hablamos de expiración.

HOMBRE: Mi nombre es Zahid y me dirijo a usted desde Moroni, en el archipiélago de las Comoras. Tengo treinta y nueve años.

SELMA: Adelante, Zahid.

HOMBRE: Mi madre es de ascendencia musulmana y dice que su libro “Los impostores” es una blasfemia. Una ofensa para nuestra religión.

SELMA: Ninguna novela debe ser una ofensa. Díselo a tu madre.

HOMBRE: Mi madre está muerta.

SELMA: Ah. He entendido que... hablabas en presente.

HOMBRE: El presente me permite homenajear su memoria.

SELMA: Eso está bien. Muy inspirado, sí.

HOMBRE: Mi madre me cuenta que cuando ella estaba embarazada de mí, seguía cumpliendo a rajatabla con el Ramadán.

SELMA: Ya. Qué cosas. Te lo *contaba*, digo yo.

HOMBRE: Me lo *cuenta*. ¿Qué opina de eso?

SELMA: ¿De qué, exactamente?

HOMBRE: De que siguiese los preceptos del Ramadán aún estado embarazada.

SELMA: Todas las religiones son la misma cosa. Una religión es una religión que es una religión que es una religión.

HOMBRE: No comprendo esa respuesta.

SELMA: No me extraña. Pero no pasa nada... Verás... lo que importa es que esta conversación viaje por unos cables bajo el océano y llegue hasta las islas Comoras. Es fascinante. ¿No crees? Cables bajo el agua. **Pausa.** Dime una cosa Zahid. ¿Hace cuanto que ha muerto tu madre?

HOMBRE: Murió cuando yo nací.

SELMA asiente con la cabeza lentamente mientras mira la pantalla. La pantalla se apaga. El HOMBRE sale. Ella sigue asintiendo pensativa. Tras unos segundos con la pantalla ya apagada comienza a aplaudir lentamente e irónica a la pantalla, como si no diese crédito. Tras dejar de aplaudir, SELMA se lleva una mano a la cabeza. Un dolor parece recorrerle el

cráneo. Se levanta y se acerca al ventanal. Nerviosa, azorada. Mira al exterior pero el dolor es tan fuerte en su cabeza que se desmaya. Oscurece en escena.

CUADRO 5

Entran el HOMBRE y la MUJER. Se repite la misma ubicación que en el CUADRO 3. Ambos están sentados uno frente al otro. Ella sigue con las cartas en la mesa. Las baraja. Intenta hacer una torre de cartas. El HOMBRE viste jersey de lana con estampado de animales. La MUJER también lleva un jersey de lana estampado.

MUJER: De cría mi padre hacía torres con cartas. Era divertido. Me parecía una proeza. Gina me dijo que su padre también lo hacía. Tenemos tanto en común. A ambas nos fascinaba ver a nuestros padres hacer castillos con cartas.

Pausa.

MUJER: ¿Dónde has ido? No piensas contármelo. Las parejas se cuentan las cosas el uno al otro. Aunque Gina dice... ¿sabes qué dice?... que esa es la muerte de la pareja. Dice que las parejas deberían tener mucha independencia. Hacer tríos, orgías. Para prolongarse en el tiempo. O bien... durar cinco años fieles y *se finí*. Cada uno por su lado.

Pausa.

MUJER: Hace un par de días estuve en su casa. Tiene un apartamento precioso. Bien decorado. Le dije: aquí podrás criar muy bien a tus hijos. Gina dice que no quiere tener hijos. Y que la gente le mira raro cuando dice esas cosas. Como a un pájaro posado en una rama que se quedase observando el incendio de su bosque. Así le mira la gente.

Pausa.

MUJER: No sé para qué intentamos hacer torres de cartas, ¿verdad? Sólo para verlas. Son tan efímeras. Es como lo de hacer figuras de arena o de hielo. ¿Para qué? Si luego desaparecerán.

Pausa.

MUJER: Gina dice que es por la fascinación del ser humano hacia lo fugaz. Ella me enseñó la obra de un tipo que hacía arte con pisadas en la nieve. ¡No te lo pierdas! Pisadas en la nieve. Formas geométricas extrañas. ¿Qué se le pasará a la gente por la cabeza para hacer algo así? Aunque Gina dice que estamos obsesionados por las cosas útiles. Pero fíjate, muchas de ellas son efímeras. La cocina, por ejemplo.

Horas para preparar un plato y ¿luego qué? O la peluquería, ¿verdad? Los perfumes. La jardinería. Tantas cosas, ¿no te parece?

Pausa.

MUJER: Si conocieses a un alpinista de ochomiles... a Reinhold Messner, por ejemplo. ¿Qué le preguntarías? Ese tipo, Messner, fue el primer alpinista capaz de subir las catorce cumbres de más de ocho mil metros sin oxígeno. Si yo lo conociese... le preguntaría una cosa: para qué sube ahí arriba, al Himalaya, por ejemplo. Para qué si luego se baja. Yo creo que también nos fascina lo inútil. No solo lo útil. No sé.

Pausa.

MUJER: Caer de pie. ¿Recuerdas que te hablé de ese documental sobre personas que se habían lanzado al vacío para suicidarse y habían salido con vida? Pues lo importante es caer de pie, eso decían. Por esa razón también el cuerpo al caer tiende a la verticalidad. Las piernas y los pies digamos que son una suerte de amortiguadores. Al aterrizar de pie, si alguien lo consigue al tirarse desde una cierta altura, probablemente se fracture los huesos de las piernas. La parte baja de la columna vertebral. La pelvis. Incluso el impacto, al viajar desde las piernas por el resto del cuerpo, puede hacer que revienten la aorta y las cámaras del corazón. Caer de pie. Pese a todo es la mejor manera de caer.

Pausa. La MUJER está concentrada en levantar un castillo con las cartas sobre la mesa.

MUJER: La nieve, decían, es un amortiguador excelente. O la tierra labrada.

Pausa. El HOMBRE no responde. Mira la torre que la MUJER ha estado haciendo todo el rato y que ha alcanzado una cierta altura. La MUJER la deshace dándole un golpecito.

MUJER: ¿Has apuntado alguna palabra más?

El HOMBRE niega con la cabeza.

MUJER: ¿Te duele mucho la cabeza cuando recibes una de esas palabras?

El HOMBRE asiente.

MUJER: En realidad, reconozco que nunca me fascinó que mi padre hiciese torres con cartas. A Gina tampoco. Nunca me pareció una proeza. Solo me ha parecido siempre una forma estúpida de matar el tiempo.

Tan estúpida como hacer arte con pisadas en la nieve. Tan estúpida como escalar los catorce ochomiles. Sí. Tan estúpida... como intentar caer de pie al lanzarse al vacío para morir.

Oscurece. El HOMBRE y la MUJER salen. Se llevan la mesa, las sillas y las cartas.

CUADRO 6

SELMA está sentada en el suelo. Apoyada contra la butaca. Come algo. Lo mastica. En la silla giratoria está sentado el EDITOR. Ambos hablan. SELMA parece nerviosa. Junto a ella hay una carpeta en el suelo. Ella la abre y la ojea; sigue comiendo.

EDITOR: ¿Qué comes?

SELMA: Frutos secos.

EDITOR: Deberías salir a tomar el aire.

SELMA: En esta habitación también hay aire.

EDITOR: Esta suite se parece cada vez más a una cámara hiperbárica.

SELMA: Me pasa desde hace un tiempo. Ya lo sabes. No hay que asustarse.

EDITOR: Un día te caerás al suelo y no te levantarás.

SELMA: Si la cosa se pone fea, reptaré. Ya sabes que todo se me pasa cuando escucho a Joni Mitchell.

EDITOR: Deberías escuchar cantantes vivos. Leer a autores vivos. Comer fruta fresca. Qué te parece.

SELMA: Me parece que no has escuchado nunca “A case of you”, por ejemplo.

EDITOR: Digo que qué te parece... lo que te he traído.

Pausa. SELMA ojea los papeles.

SELMA: Solo quería aplastar los fanatismos. ¿Quién no puede hacerse cargo de eso?

EDITOR: Ahí (**señala los papeles que ha traído y que ella ojea**) dice que hay más asesinatos durante el Ramadán. Son pruebas. Varios informes, estudios, diferentes fuentes. Ahí lo dice bien claro. Bocas cerradas.

SELMA: No creo que los católicos se salven. No es inquina hacia los musulmanes. Tú sabes que detesto todas las religiones.

EDITOR: El hambre. Autoimpuesta. Es irracional. Todo ese acto sacrificial.

Pausa.

EDITOR: ¿Qué se te puede pasar por la cabeza cuando dejas de comer durante dieciséis horas seguidas?

SELMA: Lo dice un personaje de una de mis novelas. ¿Comprendes? No lo digo yo.

EDITOR: Un personaje es algo que has creado.

Pausa.

SELMA: He estado pensando en el hombre del edificio de ladrillo rojo.

EDITOR: Te he traído los prismáticos. Te los he dejado en un cajón del mueble de la entrada.

SELMA: Estuve leyendo en internet. Buscando información.

EDITOR: Qué tipo de información.

SELMA: Siento curiosidad por sus pensamientos. Tú has preguntado qué puede pensar una persona que lleva dieciséis horas sin ingerir ningún tipo de alimento. Yo me pregunto... qué puede pensar alguien cuando se arroja al vacío. Eso he buscado. Saber si alguien salió vivo y contó su experiencia. Si alguien contó que le pasaba por la cabeza en esos momentos.

EDITOR: Puedes preguntárselo a un paracaidista.

SELMA: No me refiero a eso. Me refiero al acto desesperado de querer zanzarlo todo. Por qué alguien se arroja por decisión propia. Para no regresar. Es absolutamente fascinante.

EDITOR: Es una locura. Sin más.

SELMA: He visto esos vídeos. Los de los homosexuales que el ejército islámico lanza al vacío. Desde un quinto piso. Se me revuelve el estómago solo al pensar en qué les pasará por la cabeza a esos pobres hombres antes de ser arrojados. Qué se les pasará por la cabeza mientras caen al vacío. Una cosa es que te tires tu mismo. Otra bien diferente es que lo haga otra persona. Que otra persona te arroje al vacío.

EDITOR: No deberías pararte a reflexionar en eso. No es recomendable.

SELMA: No soy de las que miran para otro lado. Soy una intelectual comprometida. Es la marca de la casa.

Pausa. SELMA se levanta y camina hacia el ventanal. El EDITOR recoge los papeles del suelo y los deja sobre una silla. Luego va hacia un pequeño mueble de la entrada de la habitación y coge unos prismáticos de un cajón. Se acerca a SELMA.

SELMA: Hoy volvió a salir. No distingo sus rasgos. Para eso te pedí los prismáticos.

EDITOR: Cambiemos de tema.

SELMA: Me pregunto si él me ha visto. ¿Qué distancia crees que haya? ¿Desde el hotel a esa azotea?

EDITOR: No lo sé. Quizás doscientos metros.

SELMA: Se subió a la cornisa. Y esta vez abrió los brazos. Como si fuese un albatros. Como si estuviese pensando en volar. Hace algo con las piernas. Como si probase a calcular las posibilidades de caer de una manera determinada antes de lanzarse.

EDITOR: Quien sabe si no se trata de una terapia.

SELMA: ¿Una terapia?

EDITOR: Quizás solo sean aproximaciones sucesivas. Teme a las alturas y está haciendo una terapia para perder el miedo.

SELMA: Esa es una manera ciertamente ingenua de ver la vida.

EDITOR: Pensaba que dirías optimista.

SELMA: Son palabras intercambiables.

El EDITOR le da los prismáticos a SELMA.

EDITOR: Debes saber una cosa: subes en las apuestas. Solo tu nombre sigue dejando una estela en el agua. Los demás hace tiempo que han desistido de llegar hasta la boya.

SELMA: No me importa el premio. Todos esos estándares. **(Ella mira por los prismáticos).**

EDITOR: Qué hay más importante que un nobel de literatura.

SELMA: Que no me asesine un grupo terrorista. ¿Te parece poco? Que pueda salir a la calle libremente. A pasear por Estocolmo o a tomarme un café en... donde sea... en Ulan Bator.

EDITOR: Ulan Bator. Parecen las palabras del inicio de un conjuro.

SELMA: Estoy bien.

EDITOR: ¿No debo preocuparme?

SELMA: Le daré la mano al rey de Suecia. Quédate tranquilo.

EDITOR: My *fair play* lady.

SELMA: Se la besaré y le pasaré la lengua por el anular.

Pausa. SELMA frente al ventanal.

EDITOR: Gertrude Stein. Rosa es una rosa que es un rosa que es una rosa. Sé que hablabas de ella. ¿Creías que no lo sabía?

SELMA: Es mi manera enrevesada de insinuarte que necesitaría volver a hablar del tema. Era una bengala anaranjada lanzada en la noche. Pensé que no ibas fijarte. (*Pausa*). Nunca lo hemos hablado con la suficiente calma. Eso creo.

EDITOR: Nunca tendremos la suficiente calma.

Pausa. Hay cierta tensión entre ambos.

SELMA: Lo habrás mirado en google. Es su frase más conocida.

Pausa.

SELMA: Solo me pregunto quién te lo aconsejó.

EDITOR: Yo... te pedí perdón.

Pausa.

EDITOR: Me sentí perdonado.

Pausa.

SELMA: ¿Sabes? Alguna vez he buscado mi nombre en google.

EDITOR: Quiero ser honesto contigo. Sobre el premio.

SELMA: Ocho millones de referencias. (**Pensativa. Como si no quisiera escuchar lo que dice el EDITOR**). Ocho millones de referencias sobre mí.

EDITOR: Debes saber esto: los académicos. Hay un rumor titubeando.

SELMA: ¿Sabes cuantas tiene Hitler?

EDITOR: Los rumores se propagan por el éter. Con la velocidad de los relámpagos. Hacen ruido. Estruendo a su paso. Nos convienen. Sabes que nos conviene la controversia.

Pausa.

SELMA: (**Volviendo a la conversación**). ¿Nos convienen? El rumor es una forma de ataque. Envoltente. ¿Crees que estoy pertrechada para todo?

Pausa.

SELMA: Qué dicen de mí. Los académicos. Qué rumor hay. (*Mira al EDITOR*).

EDITOR: El rumor es que la comunidad musulmana se batirá en duelo para que tú no consigas el nobel. Hablan de ello en Al -Jazzira. Han vuelto a asociarte con la ultraderecha.

SELMA: Suena sórdido. Van a por mí.

EDITOR: Pero es bueno. Subes en las apuestas. Y este año... la entrega del Nobel...

SELMA: ¿Qué le ocurre?

EDITOR: Coincide con el noveno mes lunar. La aparición de la luna a finales del Sha`ban.

SELMA: ¿De qué hablas? Explícate.

EDITOR: Coincide con pleno Ramadán. Han decidido adelantarlo.

Pausa larga. SELMA se acerca a la mesa y se sirve alcohol.

SELMA: (*Bebe*). Hoy, mientras estaba tirada en el suelo, tras desmayarme, ¿sabes qué imagen venía a mi mente? Nunca lo dirías. La de Kennedy. Me esperaba *esa* cara. (*Mira al EDITOR, se refiere a él, que muestra cara de asombro*). La imagen de J. F. K. Sí. Su cabeza saltando por los aires en Dallas. Ayer por la noche me leí entero el libro sobre Harvey Oswald que escribió Norman Mailer. Será que soy masoquista. (*SELMA bebe del vaso. Pensativa*). Un tipo anodino. Un don nadie como Oswald. Porque era un absoluto don nadie. Estoy segura. El tipo sólo sintió que debía matarle. Sin más. Tengo que matarle. Tengo que matar a Kennedy. Cuando lo veía en la tele, pensaba eso. Tengo que matar a este tipo. Mira que bien vestido va. Y qué feliz se le ve. (*Pausa*). Lo que dice Norman Mailer es que las razones de Oswald para asesinar a JFK eran tan banales que siempre será mejor levantar una teoría conspiratoria. (*Camina hacia la butaca. No se sienta en ella. Se sitúa detrás de ella apoyando una mano mientras en la otra sostiene un vaso*). Necesitamos encontrar un sentido a las cosas. A

lo que nos sucede porque... es todo tan arbitrario. Nos da miedo pensar que el azar rige nuestras vidas. Pensar que quizás un niño...un niño de veinte años que trabaje limpiando los baños de un pizza hut y vaya regularmente al gimnasio, no necesariamente un tipo raro y excéntrico, un niño que jamás haya leído uno solo de mis libros, me vea un día por la calle y me dé una puñalada. ¿Sabes para qué? Para ascender a la gloria de la fama. No a la de los justos. Porque me haya visto en la tele. Porque me haya visto en Al Jazira. Y yo me encontraré un día en Berlín o en Barcelona y él vivirá en alguna de esas ciudades; todo coincidirá y todo será así de jodidamente arbitrario y *Junguiano*. Quizás me asesine. Con tres o cuatro puñaladas mientras me tomo un café en una terraza. Todo para pasar a la posteridad. Nada de motivaciones religiosas ni cábalas de ese tipo. Nada de ese tipo de predicciones. No. Nada de eso.

Pausa.

SELMA: Quizás mi Harvey Oswald esté ahora besando a su novia en un dormitorio con las paredes forradas de posters con consignas anti sistema y comunistas. A saber. O con un poster de Audrey Hepburn fumando un largo cigarro... No lograríamos reconciliar esa idea

SELMA se dirige de nuevo a la ventana. Coge los prismáticos que había dejado en una silla previamente.

Pausa.

EDITOR: ¿Norman Mailer? Ese hombre apuñaló a su mujer. Norman Mailer apuñaló a su mujer. Me inspira más simpatía Lee Harvey Oswald.

Pausa.

EDITOR: Me preocupa tu tono.

SELMA: ¿Mi tono?

EDITOR: No lo que emerge a la superficie sino lo que está debajo. Toda esa maquinaria invisible que sé que está bullendo en ti.

SELMA: Eres un bucólico.

EDITOR: ¡Pero si yo no bebo!

Pausa.

SELMA: La angustia revela que existimos. Todas esas amenazas de muerte, ¿sabes de qué me doy cuenta?, me doy cuenta de que lo que están consiguiendo es que me subleve, que me apegue más a la vida. El cuerpo vence al espíritu. La costumbre de vivir precede a la costumbre de pensar. ¿No es así? El cuerpo estaba ahí antes que nuestras angustias, que nuestros temores, que nuestros pensamientos. **(Mira al exterior con los prismáticos).**

Pausa.

EDITOR: ¿Qué es lo que ves?

SELMA: Nada. La azotea está vacía. No hay nadie. Solo la puerta que da acceso a la azotea. Está cerrada.

Entra el HOMBRE por la izquierda del escenario. El EDITOR y SELMA mantienen sus posiciones. Se trata de un FLASH.

HOMBRE: **(Se acerca a SELMA. Ella sigue mirando por los prismáticos).** Hola querida. ¿Estás disfrutando la velada?

SELMA: **(Baja los prismáticos. Besa al HOMBRE afectuosamente).** No está mal. Eres un gran anfitrión. Pero debo irme pronto a casa. Estoy exhausta. Estos días han sido atronadores.

HOMBRE: He visto a tu editor en la cena. Ha estado charlando con *la crème de la crème*. Se deja las uñas por ti. Pone los pies en las puertas que parecía que iban a cerrarse.

SELMA: Para eso le pago.

HOMBRE: Todos hablan de lo mismo en los corrillos. Tu libro: “Los impostores”. Te dará el premio nobel. Eres una intelectual, dicen de ti.

SELMA: Las malas lenguas.

HOMBRE: Antes los intelectuales tenían compromiso político. No dudaban en colgarse un rifle al hombro e ir a luchar a la guerra civil. Como Orwell contra Franco. Ahora provocáis discordias, ha dicho uno en un corrillo.

SELMA: Es fácil hablar a mis espaldas.

HOMBRE: Vas a convertirte en una *insider*. Suponiendo que ese sea el contrario de *outsider*.

SELMA: Solo encarno la modernidad aborrecida. **(Ella le ajusta la camisa al HOMBRE y le da una palmadita en el hombro)**. Mírame, una desarraigada, estoy pensando en largarme cuanto antes de esta velada. Soy la aguafiestas profesional. Tú sabes que no aprendí a nadar en una piscina municipal. Yo aprendí a nadar contracorriente.

HOMBRE: He visto unos videos de esos fanáticos religiosos. Quemando tus libros.

SELMA: Qué puedo decir. Ya lo hizo Goebbels en el treinta y tres. Su quema de libros frente a la Universidad Humboldt, en pleno centro de Berlín. La historia es un ciclo recurrente, querido.

HOMBRE: Los partidos de ultraderecha están encantados con tu libro. Con que te asocien con Gertrude Stein. Nunca hemos hablado tanto de Gertrude Stein. Qué horror, ¿no crees? que los partidos de ultraderecha quieran adoptarte en sus filas.

SELMA: Yo ya tengo padres. Y aunque fuese huérfana, como Mahoma, me sentiría más cómoda en la diáspora solitaria. Cualquier cosa antes que dejarme abrigar por semejante militancia.

HOMBRE: Pero... entonces... no comprendo.

SELMA: ¿Qué es lo que no comprendes? No sabías que Mahoma era huérfano, ¿eso es lo que no comprendes?

HOMBRE: No. Me refiero a que tus ideas pueden dar forma al espíritu de una época y, francamente, me sorprende que, y temo que estoy metiendo la pata, me sorprende que no sepas... No sepas lo de tu... tu editor y...

El EDITOR interrumpe en este punto de la charla al HOMBRE y SELMA; el EDITOR continúa con la conversación anterior. Se termina el flash. El HOMBRE. Se quedan SELMA y el EDITOR. SELMA vuelve a mirar al exterior con los prismáticos.

EDITOR: Entonces... ¿Cuántas tiene Hitler?

SELMA: ¿Cuántas tiene Hitler? ¿Cuántas qué?

EDITOR: Referencias en internet. Me lo has preguntado antes.

Pausa.

SELMA: Noventa y ocho millones. Me supera por noventa millones.

Pausa.

EDITOR: Son muchos millones. Debo irme. Voy a charlar con algunos académicos para inclinar la balanza de algunos votos indecisos. **(Le da un beso en la mejilla)**. Pero volveré dentro de un par de horas.

SELMA: Tenemos una conversación pendiente. Cuando vuelvas.

EDITOR: ¿Sabes una cosa? Voy a traerte... traerte los corazones de esos hombres de letras. Sus corazones latiendo para ti envueltos en nenúfares.

Él se va de la habitación.

SELMA: **(Hablando para sí misma. Vuelve a mirar por la ventana con los prismáticos)**. No te atrevas a desgastar un nenúfar con tus manos.

Oscurece en escena.

SEGUNDA PARTE

CUADRO 7

SELMA, sentada en la butaca. A sus pies hay unos cuantos libros apilados.

SELMA: El perdón es extraño. Equívoco. No depende sólo de quién lo pide sino de quién lo concede. Nunca puedes saber a ciencia cierta si quien te pide perdón lo hace para calmar su propia conciencia o para calmar la del otro. El perdón es un pájaro que olvida cómo volar tan pronto lo sacan de su jaula.

Pausa. Se enciende la pantalla. Un rostro pixelado. Una voz habla.

HOMBRE: Mi nombre es Buba. Vivo en Yakarta. Usted escribe muy bien pero sólo porque Dios le ha dado talento. Y mi pregunta es... cómo es que Dios le ha dado talento a usted y no a mí. Cómo es que Dios, en el que usted no cree, le ha concedido ese don a usted y no a mí, que creo en él y lo venero.

SELMA: Pregúntaselo a él.

HOMBRE: Usted juega con fuego.

SELMA: Quizás mi corazón solo sea un órgano entumecido que necesita su deshielo. Por eso me acerco al fuego. Por eso.

Se apaga la pantalla. (Nótese que cada vez que la pantalla se apaga, el HOMBRE/MUJER sale de escena. Igualmente cuando la pantalla se enciende con una cara pixelada, el HOMBRE/MUJER entra en escena). SELMA se mueve nerviosa por la habitación.

SELMA: Hace unos años estuve en París. Di una serie de conferencias con motivo de la publicación de mi libro “Los impostores”. Una tarde, la que tenía más libre, mi editor me propuso que me fuese al cementerio de Peré Lachaise. Me relajaría. Era una visita que siempre quise hacer así que decidí tomar un taxi e ir. Allí hay muchos escritores enterrados. Apollinaire, Balzac, Paul Eluard, Moliere, Georges Perec, Marcel Proust...Gertrude Stein. Yo tenía intención de pasear, perderme en aquel lugar. Es inmenso. Al cabo de una media hora recibí una llamada. Era mi editor. Me dijo que me reuniese con él junto a la tumba de Gertrude Stein. Quería hablar conmigo. Busqué en el plano turístico la lápida.

Entra el HOMBRE. Viste solo de negro.

HOMBRE: Sección noventa y cuatro. Tumba número dos.

SELMA: Llegué a la tumba. Hice tiempo esperando pero mi editor nunca llegó. Recibí una llamada. Era él.

HOMBRE: Que horror. No sabes qué me ha ocurrido. El taxista que me llevaba se ha saltado un semáforo y para colmo nos ha retenido un gendarme. Nos veremos en el hotel. Regresa allí. Lo siento mucho.

SELMA: Recuerdo la fecha exactamente. Y la hora.

HOMBRE: Siete de septiembre. Las cinco y media de la tarde.

SELMA: Yo me fui del cementerio al poco tiempo. Al día siguiente... había fotografías mías junto a la tumba de la escritora Gertrude Stein. Al día siguiente este episodio, pasear junto a la tumba de Gertrude Stein, se convirtió en noticia. El caso es que saltó a los medios. Medios sobre todo musulmanes.

HOMBRE: La escritora cuya novela es una cruzada contra el Ramadán y ofende a los musulmanes, mírenla, ahí la tienen, paseando o inspirándose cerca de la tumba de Gertrude Stein.

SELMA: ¿Y quién es Gertrude Stein?

HOMBRE: Una escritora judía que según consta colaboró con los nazis en la Francia ocupada en la que Hitler nombró al Mariscal Pétain como responsable del gobierno de Vichy. El Mariscal Pétain se caracterizó por su colaboración de estado con el régimen Nazi. Su lema era: Trabajo, familia y patria.

Pausa. SELMA se lleva la mano a la cabeza. Parece que le duele mucho. El HOMBRE sale.

SELMA: ¿Hola? **(Como si hablase con una voz dentro de su cabeza).** ¡Hola! Es esa voz. **(Se aprieta las sienes. El dolor es molesto).** Llega a mi cabeza y se va. Dice: Hola. Sin más. Ayer dijo... ¿Qué dijo ayer? Ayer dijo... **(Saca una pequeña libreta del bolso. Lee).** “Reinhold Messner”. Lo he apuntado todo. Es un célebre alpinista. Y hoy por la tarde dijo: **(lee de la libreta)** “Nicosia”. Trato de encontrar una lógica. Quizás sencillamente me haya vuelto loca por completo. Pero esas son las palabras que me han llegado. Nítidas. Claras. Y cada vez que una palabra llega necesito pararme. Agacharme. A menudo ese dolor hace que me desplome. Que me desmaye.

SELMA se sienta en la butaca. Descansa. La iluminación baja donde se encuentra SELMA.

CUADRO 8

Se ilumina el lateral izquierdo del escenario. Entran el HOMBRE –con su jersey de lana con estampado de animales y pantalón negro- y la MUJER – con su jersey de lana y estampado y pantalones blancos-. Él trae la mesa y

ella las sillas. Se sientan uno frente al otro. La MUJER comienza a cantar una canción. Es la letra de “A case of you” de Joni Mitchell.

Pone su empeño en cantarla bien. Sigue el ritmo y la melodía de la música original de Joni Mitchell. Canta a Capella.

MUJER: Just before our love got lost you said

"I am as constant as a northern star"

And I said "Constantly in the darkness

Where's that at?

If you want me I'll be in the bar"

On the back of a cartoon coaster

In the blue TV screen light

I drew a map of Canada

Oh Canada

With your face sketched on it twice

Oh you're in my blood like holy wine

You taste so bitter and so sweet

Oh I could drink a case of you, darling

and i would Still be on my feet

oh I would still be on my feet.

Ella termina de cantar en esa estrofa. El HOMBRE la mira. No dice nada.

Cuando ella acaba de cantar, el HOMBRE se levanta y se va. Ella le para.

MUJER: Eh, no te vayas. Siéntate.

El HOMBRE se sienta.

MUJER: Podría beber una caja entera de ti y aún así me mantendría en pie. ¿Podrías tu decir lo mismo acerca de mí?

Pausa.

MUJER: Soy tan constante como la estrella del Norte. Constante en la oscuridad.

Pausa.

MUJER: Es preciosa. La letra, ¿verdad? La practicamos en clase de canto. Gina y yo. Es una canción de amor. Una declaración de amor. Me gustaba cuando tú me escribías poemas. Ya no lo haces. Gina dice que eso es normal. Que esas cosas son lógicas.

Pausa.

MUJER: Yo te diré una cosa: el mundo es de todo menos lógico. Causa y efecto son solo un par de piolets que utilizamos para ascender a una cumbre borrascosa. Te diré otra cosa: yo soy de las que prefieren quedarse en el campamento base.

Pausa.

MUJER: No sé qué pensar de Gina. Ay, es que a veces es tan esotérica.

Pausa.

MUJER: Ayer me dijo que hay un doble nuestro por ahí, por algún lugar del mundo. Puede estar en cualquier sitio. Doppelganger, se llama. ¿Te lo crees? Me gustaría creerlo. Me gustaría creer como lo hace Gina. Es tan crédula. Un doble, por ahí. En cualquier lugar del mundo. Un tipo igual a ti. Exactamente igual en su fisionomía.

Pausa. Él se levanta. Parece que se va. Ella le para otra vez.

MUJER: Espera. Siéntate.

Él se queda de pie junto a la silla. Ella acepta que no se siente y sigue hablando.

MUJER: Quería contarte lo de ese tema. Lo de la telepatía. Gina está cautivada con ese asunto. Lo he mirado. Y es verdad. Es verdad lo que Gina me contó. Alucinante. Lo del experimento que vio por la televisión.

Pausa.

MUJER: Te contaré cómo ocurrió todo: en una ciudad india alguien *pensó* “hola” y este pensamiento llegó directamente al cerebro de otra persona sentada en un laboratorio de Estrasburgo, a unos 7.700 kilómetros de distancia.

Pausa.

MUJER: El pensamiento se enviaba en código binario y se convertía en flashes visuales al llegar a la corteza cerebral del receptor. Eso me contó Gina. Corteza. Me encanta que un árbol y un cerebro compartan la misma palabra.

Pausa.

MUJER: El queso y el pan también tienen corteza. La corteza les protege. Sin embargo nosotros, míranos, aquí estamos viviendo fuera de la corteza terrestre, a la intemperie. La corteza terrestre solo protege al núcleo de la tierra. Nosotros estamos muy lejos de allí. Es como un perímetro que no podemos rebasar. Así de expuestos estamos. Somos una especie de moho que le ha salido al planeta. Bichillos insignificantes que no pueden penetrar en su núcleo. Lejos de su corazón. Ahí es donde vivimos. ¿De qué estábamos hablando...? ¡Ah sí!...

Pausa.

MUJER: Gina. Gina dice... Ella dice que pronto seremos capaces de conectar nuestros cerebros telepáticamente. Te imaginas... tú y yo. Conectados, telepáticamente. Te imaginas... tú y yo conectados. Da igual de qué forma, pero... conectados.

Oscurece en la escena. El HOMBRE y la MUJER salen.

CUADRO 9

La pantalla se enciende. Hay un rostro sin pixelar. Se trata del retrato de Gertrude Stein pintado por Picasso. Al arrancar el CUADRO 9 la luz que proyecta la pantalla es toda la iluminación del escenario. SELMA está dormida en la silla giratoria. Entra la MUJER. La escena se ilumina ahora al completo. La MUJER sigue vestida de blanco por completo pero esta vez lleva un fular violeta.

MUJER: Mi nombre es Gertrude y me conecto desde París, la ciudad del...

SELMA le interrumpe. Sigue sin embargo con los ojos cerrados.

SELMA: La ciudad de los cementerios... ¿Que es lo que quiere saber Gertrude?

MUJER: Querría hablar con usted, querida.

SELMA abre los ojos y mira a la pantalla. Ve el rostro de Gertrude Stein retratada por Picasso.

SELMA: ¿Gertrude... Stein?

MUJER: Creo que es hora de que hablemos.

SELMA: Me he vuelto... me he vuelto psicótica, de golpe.

MUJER: Sólo es una alucinación. El cerebro es fascinante, ¿verdad? Juana de Arco o Lewis Carroll también las padecían. Y Mahoma, querida.

SELMA: ¿Mahoma? **Pausa.** ¿Debemos hablar?

MUJER: Sé lo de aquel reportaje que le hicieron en el cementerio de Pere Lachaise. Estoy aquí para aclarar algunas cosas...

SELMA: No sé si es conveniente hablar con una alucinación. **(Pausa).** Por otro lado, yo no tenía intención de ir a ver su tumba. Fue mi editor que...

MUJER: **(Le interrumpe).** Pues viene mucha gente, querida. No tanta como a la de ese cantante: Jim Morrison.

SELMA: Esto es bastante absurdo. ¿Es usted la que me manda mensajes para comunicarse conmigo? ¿Lo de Reinhold Messner y lo de Nicosia?

MUJER: ¿Nicosia? No, querida. No sé de qué me habla.

SELMA: Da igual. Déjelo.

Pausa.

SELMA: Quisieron asociarme con usted. Con su manera de pensar. Eso ya lo sabe.

MUJER: Lo sé... ¿Y qué tiene de malo?

La MUJER deja de estar de frente al público y se acerca a SELMA. Se sienta frente a ella en una silla. SELMA al principio mira al retrato cuando la MUJER se dirige a ella pero al poco tiempo comienza a mirar a la MUJER. La mujer sigue siendo la misma desde el principio y va vestida de blanco pero con un fular violeta esta vez para representar a Gertrude Stein.

SELMA: Su vida, señora Stein. Sus elecciones.

MUJER: La guerra saltó como salta un pez a una barca. Me pilló por sorpresa. Los alemanes entraron en Francia y establecieron su dominio.

SELMA: ¿Sabe qué? Perdón pero... me duele mucho la cabeza.

Pausa. Busca en el bolso unas pastillas. No las encuentra. Se sirve un poco de alcohol. Bebe. Nerviosa.

SELMA: Usted era judía. Y lesbiana, ¿no es así?

MUJER: Lo era. Sí.

SELMA: Vaya. Con esas papeletas debía tener un buen salvoconducto para no terminar en un campo de concentración. Yo también soy lesbiana, ¿lo sabía? **(Bebe)**.

MUJER: Esa no es una elección.

SELMA: Desde luego que no. Pero el pelo corto... ese pelo corto que usted tenía. Ese corte de pelo sí se puede elegir. **(Se ríe)**. No me haga mucho caso.

Pausa.

SELMA: Me van a dar el premio nobel de literatura. Mañana. Le daré la mano sudada al rey de Suecia y el no tendrá más remedio que estrechármela.

MUJER: Debe estar muy orgullosa.

SELMA se encoge de hombros.

SELMA: Son royalties. Para la eternidad.

Pausa.

SELMA: Tengo entendido que usted era de esas lesbianas *patriarcales*.

MUJER: ¿Patriarcales?

SELMA: Ya sabe. Conservadora. De no mostrarse en público.

SELMA vuelve a buscar sus pastillas, rebusca de nuevo en el bolso. No las encuentra.

MUJER: Quizás porque estábamos a principios del siglo veinte, querida. ¿Será eso?

SELMA: Ya. No encuentro las malditas... las malditas pastillas.

MUJER: De todos modos, no comprendo de qué me acusa. ¿Usted se muestra en público?

SELMA: Yo sí. No tengo nada que esconder. ¿Sabe donde he metido mis pastillas?

MUJER: Querida, yo he visto como los mediocres, los más débiles son capaces de aniquilar a *las* más fuertes.

SELMA: Ah sí. ¿Qué quiere decir con eso?

MUJER: He visto arboles siendo estrangulados por viñas.

SELMA: No le sigo... ¿Ha cogido usted... ha cogido usted mis pastillas? Las tenía en el bolso.

MUJER: Le hablo de los estereotipos que soportamos las mujeres como usted y como yo. Por ser mujeres, y por ser lesbianas. La invisibilidad ¿sabe lo que me aportaba a mí?: intimidad. Tendría que oír usted a Hemingway burlarse y ningunearme en ocasiones.

Pausa.

SELMA: Le diré... sí, le diré lo que me sorprende de usted... Que sea un icono del feminismo y la libertad de las mujeres... habiéndole dado en realidad la espalda a tantas de esas causas.

MUJER: Verá. Soy una alucinación suya, querida. Estoy aquí porque su conciencia quiere que esté por algún motivo... Debemos hablar de...

SELMA: (**Le interrumpe**). Dígame una cosa... Usted... ¿Colaboró con los nazis? ¿Con el gobierno del Mariscal Pétain? ¿Admiraba a Franco? ¿O a Hitler?

MUJER: No todo es tan... sencillo, querida. Esquiva la complejidad de los acontecimientos.

La MUJER ve algo bajo una de las butacas. Se agacha y coge un pequeño bote de pastillas. Se lo enseña a SELMA. SELMA lo coge, un tanto abochornada.

Pausa. SELMA se toma una pastilla.

MUJER: Ya sabe lo que decía Montaigne: “Mirad cuántos extremos tiene este palo”.

Pausa. ¿Para qué son? (Hace un gesto refiriéndose al bote de pastillas al ver a SELMA tragarse una).

SELMA: Para combatir a los mediocres. Además me ayudan a elegir la ropa que me pongo cada mañana.

Pausa.

SELMA: Sé que era usted una niña rica. Una *ricachona* norteamericana en Francia.

MUJER: *Ricachona*. Que palabra tan compleja.

SELMA: Leí mucho sobre usted. Pienso que si no fuese una mujer rica y amiga de todos aquellos personajes... Hemingway, Scott Fitzgerald, Picasso, Cezanne, Matisse... en el París de los años treinta.

MUJER: **(Le interrumpe)**. ¿Qué? Si no lo fuese... qué.

SELMA: Quizás no pasaría a la historia.

MUJER: Fui una mujer que nunca dejó de escribir, querida. Escribía y escribía. Experimenté con la escritura llevándola a sus límites. Pensaba que la escritura podía ser cubista como los cuadros que pintaba mi amigo Picasso por aquel entonces.

SELMA mira la foto en la pantalla.

SELMA: Quizás todas esas personas tan importantes acudían a su casa porque sabían que tenía dinero. O sencillamente... porque en aquella época no iban a despreciar absenta gratis.

MUJER: Cree que era una frívola. Así de sencillo.

SELMA: Sí. Lo creo...en cierto modo. Pero recuerde que estoy... alucinando. **Pausa.** No sé qué quiere hablar conmigo. ¿Por qué está aquí?

MUJER: Porque soy una proyección de su inconsciente. Estoy en su cabeza.

Pausa.

SELMA: Verá, tengo muchas cosas que hacer.

MUJER: ¿Ah sí?

SELMA: Sí. Debo redactar mi discurso para la entrega del nobel. Debo llamar a mi madre. No he hablado con ella y se preocupará.

MUJER: Se pasa las horas aquí dentro. Sola. Dentro de esta habitación. ¿Vive aquí? Como Al Capone que vivía en el Hotel Lexington.

SELMA: Es una suite. Y no, no vivo aquí. ¿Qué sabrá usted si estoy sola?

MUJER: Mirando por los prismáticos. Husmeando lo que ocurre en esa azotea del edificio de ladrillo rojo. **Pausa.** Ya ha hablado con su madre hace unas horas. No hace falta que me mienta. Sé que no tiene pareja... desde hace años. Soy una alucinación; o sea, una proyección de su cerebro, querida. Lo sé todo.

SELMA: Verá... a usted no le incumbe lo que yo haga.

MUJER: ¿Cree que tiene un don?

SELMA: ¿De qué habla?

MUJER: ¿Cree que puede salvar a ese hombre de la azotea? ¿Qué él le va a ver desde allí?

SELMA: Es posible. Ya sabe lo que decía Heisenberg.

MUJER: ¿Quién es Heisenberg? ¿Su editor?

SELMA: Sabe perfectamente quién era Heisenberg. Si yo lo sé... usted tiene que saberlo.

MUJER: Ah, querida. Heisenberg. El físico que se encargó del programa nuclear del tercer Reich. El tipo que los nazis eligieron para diseñar la bomba atómica.

SELMA: Lo ve. Qué lista es.

MUJER: Y... ¿qué tiene que ver Heisenberg con el hombre de la azotea?

SELMA: Heisenberg formuló el principio de incertidumbre.

La MUJER se queda esperando que complete más información porque aún no comprende a dónde quiere ir a parar SELMA.

SELMA: El principio de incertidumbre ha tenido numerosas aplicaciones filosóficas. Una de ellas dice que el observador influye sobre lo observado.

Pausa.

SELMA: Eso es todo.

MUJER: O sea que usted cree... que está ¿influyendo sobre ese hombre por el simple hecho de estar observándolo? ¿Que porque usted le esté mirando el no se va a tirar desde la azotea? **(Se ríe).**

SELMA: "Quien se empeña en pegarle una pedrada a la luna no lo conseguirá, pero terminará sabiendo manejar la honda".

MUJER: No me diga.

SELMA: Déjeme en paz.

Pausa. SELMA se acerca al ventanal y mira por los prismáticos.

SELMA: He leído que en el año treinta y nueve usted y su pareja, Alice; ¿se llamaba así, verdad?: Alice **(La MUJER asiente)**. Pues... he leído que volvieron a París tras su veraneo habitual en los Alpes. A recoger unas cosas porque sabían que se avecinaba la ocupación alemana.

MUJER: Sí. En efecto, querida. Ropa de invierno y pasaportes. También dinero, claro.

SELMA: Claro. He leído... que lo que más le preocupaba era encontrar el certificado de pedigrí de su perro.

MUJER: Basket. Mi perro Basket. Así se llamaba.

SELMA: ¿Basket? Lo he leído. Que lo que más le preocupaba era encontrar el certificado de pedigrí de Basket.

MUJER: ¿Y...? ¿Qué hay de malo en ello?

Pausa.

SELMA: Yo creo que ese hombre... ese hombre de la azotea me ve. Lo observo. Y eso cambia su comportamiento. Cuando sabemos que nos están observando nos comportamos de una manera diferente. No sé si saltará o no. Pero de momento no lo ha hecho. O eso creo.

MUJER: Hablábamos del pedigrí de mi perro. Mi querido Basket.

SELMA: (**Mirando por el ventanal**). Sí. Se avecinaba una masacre de millones de personas. Niños, mujeres, judíos como usted. Homosexuales como usted. Y lo que más le preocupaba... (**Se gira y mira a la MUJER**) ¿Era su perro?

MUJER: Está apresurándose. Juzgándome.

SELMA: Da la sensación de que pensaba que, no quiero ser grosera pero... que pensaba que si podía justificar el pedigrí de su perro... Basket... los alemanes lo tratarían mejor.

MUJER: Por el amor de dios. Dulce es la guerra para quien no ha luchado. **Pausa.** ¿Eso es lo que piensa de mí?

SELMA: No sé qué pensar. Eso es lo que piensan algunos de usted. Por eso me quieren asociar con tales ideas.

MUJER: Era una mujer estremecida. Quería la libertad. La ansiaba. Amaba a Alice. En París podía amarla, vivir mi pasión sin ser sermoneada demasiado. Aquel era el ambiente propicio. Cuando llegaron los alemanes... veré, sentí que aquello podía evaporarse para siempre.

Pausa.

MUJER: Poder quedarme en París tenía un precio. La embajada de estados unidos y muchos amigos me sugirieron... bueno era algo más que una sugerencia... que volviese a América. Querida, ¿podría ofrecerme algo de beber? Tengo la boca seca.

SELMA: Sí. Claro.

SELMA, un tanto aturdida, va hacia la mesa. Coge un vaso y sirve algo de alcohol. Se lo da a la MUJER.

MUJER: Gracias, cariño.

Pausa. La MUJER bebe. SELMA se sirve uno para ella misma. Se queda de pie mirando a la MUJER.

MUJER: Pues eso. Que poder quedarme allí tenía un precio.

Pausa. Las dos mujeres están pensativas.

MUJER: ¿Quien quiere asociarla conmigo?

SELMA: ¿Quién? La ultraderecha. Quieren vender una imagen de mí que no es real.

MUJER: ¿La ultraderecha? Qué imagen.

SELMA: Que los musulmanes van a por mí.

MUJER: Pero esa es la verdad, ¿no? Usted está amenazada de muerte.

SELMA: No es ese el tema. Son unos cuantos radicales, nada más. Lo que quiere hacer la ultraderecha es utilizarme como chivo expiatorio.

MUJER: Pues hable con la prensa y cuénteles esta versión.

SELMA: Las cosas no son tan sencillas.

MUJER: No me diga.

SELMA: La información va demasiado deprisa. Viaja por cables bajo el agua, ¿sabe?

MUJER: ¿Cables bajo el agua?

SELMA: El noventa y nueve por ciento de los rumores viaja por cables bajo el agua.

Pausa.

SELMA: Ayer puse la televisión. Un hombre de unos treinta años salía recordando los atentados de hace unos años de *Charlie Hebdo*, en Paris. El hombre estaba en una manifestación contra la inmigración musulmana. Quería decir que él no tenía nada en contra de los musulmanes pero al mismo tiempo acababa justificando su ira hacia ellos.

Decía: “Os lo dijimos y no hicisteis caso”. Cogía el micrófono de la reportera y decía con odio: “Nosotros os lo dijimos, pero no hicisteis caso”. Luego me mencionaba a mí. Hablaba de mi libro y decía que hasta yo, una escritora de izquierdas, estaba ahora amenazada por decir lo que pienso.

MUJER: ¿A dónde quiere ir a parar?

SELMA: Nada de lo que ocurre a mi alrededor es objetivo. Todos los matices se han diluido. No creo que una lesbiana, de izquierdas, feminista... no creo que yo, que mi vida, le importe más a esos *cachorros* de la ultraderecha que a los fanáticos religiosos que han puesto precio a mi cabeza.

Pausa. SELMA se acerca a la MUJER que está sentada con el vaso en la mano y la toca.

MUJER: ¿Qué hace?

SELMA: ¿Cómo es que puedo tocarla si es una alucinación?

MUJER: Porque todo lo hace su cerebro. Esa es la maravilla de nuestro cerebro. Soy táctil si su cerebro quiere que me perciba de ese modo.

SELMA: ¿Por qué habría de querer esto mi cerebro?

MUJER: Lleva muchas semanas sin dormir bien. Quizás su cerebro quiera zanjar eso y quiera poder dormir ocho horas seguidas.

SELMA: Me he pasado meses leyendo cosas sobre usted. Noches enteras. Se pueden leer tantas cosas... pero en su historia sí hay un hecho objetivo: se quedó en la Francia ocupada por los alemanes, señora Stein. En la Francia del gobierno filo nazi de Vichy y el mariscal Pétain aún...

MUJER: **(Le interrumpe)**. Sí. Me quedé. Acabo de decírselo. No fui la única en aquella época. Es muy fácil hablar desde el futuro. No tenía idea de lo que iba a ocurrir. Usted, querida, sabe lo que ocurrió. Una posición equivocada. Una decisión tomada desde el desconocimiento. Una...

SELMA: **(Le interrumpe)**. Usted era una mujer culta. Era una mujer con muchos contactos. Sabía qué planes tenía Hitler para los judíos. Para los homosexuales.

MUJER: No se ponga así conmigo.

SELMA: ¿Sabe...? Me repito constantemente que una cosa es el autor y otra su obra.

La MUJER se levanta. Camina por la habitación con el vaso en la mano.

MUJER: Tiene una habitación de hotel muy elegante. Me recuerda a mi casa. Era un dúplex maravilloso en la Rue de Fleurus. Cerca de los jardines Luxemburgo. Por allí salía a pasear con Basket.

SELMA: La paga mi editor. Es sólo para estos días en Estocolmo.

MUJER: Es importante tener un buen editor.

SELMA: No estoy tan segura.

MUJER: **(Se acerca a la ventana. Mira al exterior. De frente al público).** Menudas vistas, querida.

Pausa.

MUJER: No debe sentirse mal por su novela. La libertad. Es el fundamento de todos los valores. La historia no tiene unas coordenadas hacia el futuro. La historia no tiene una finalidad. No la tiene, querida.

SELMA: Se es moral si se hace lo correcto.

MUJER: ¿Lo “correcto”? Lo correcto es una imposición del grupo al individuo.

Pausa.

SELMA: Los intelectuales tenemos la obligación de ejercer un liderazgo ético.

Pausa.

SELMA: Usted no fue ética. No lo fue.

MUJER: ¿Eso es lo que le está torturando? **Pausa.** Yo sería incapaz de emitir juicios tajantes, querida.

SELMA: Estoy hablando con una alucinación que sería incapaz de emitir juicios ¿tajantes? Esto no puede tener sentido.

SELMA camina hacia el ventanal. Mira por los prismáticos.

MUJER: Imagino por lo que tiene que estar pasando. Esas amenazas terroristas.

SELMA: Todavía estoy aquí.

MUJER: ¿Por qué escribir un libro atacando al Ramadán?

SELMA: Le diré de qué va mi novela. Los impostores.

Pausa.

SELMA: Una mujer es acusada de intentar matar a su marido. Ambos son musulmanes. Ella se defiende alegando que cumplir los preceptos del Ramadán fue lo que le hizo perder la razón e intentar matar a su marido tras una discusión. El hambre atroz. El respeto absoluto y la entrega a su religión. Varios días sin comer. Incluso temerosa de tragar su propia saliva. Un tribunal la acusa de asesinato, sin paliativos, y además con el agravante de desprecio hacia su religión. Tras unos meses en prisión, un joven abogado occidental y ateo se hace con el caso. Su ambición es justificar que la mujer actuó bajo los efectos del hambre y que el Ramadán anuló su capacidad para el raciocinio. ¿Qué le parece?

MUJER: Me parece que debe pensar en escribir la siguiente.

Entra el HOMBRE. Viste solo de negro. Accede por un lateral. Se sitúa frente al público en el lado izquierdo. SELMA y la MUJER se quedan en sus posiciones. No interactúan con el HOMBRE.

HOMBRE: Un hombre fue agredido en Fez por beber agua en la calle antes de la hora de la ruptura del ayuno. Varias personas lo arrastraron a la comisaría más cercana y la policía lo encerró en el calabozo hasta que miembros de su familia presentaron el certificado médico que aseguraba que el hombre era diabético, y que por lo tanto estaba exento de cumplir con el ayuno.

SELMA: He leído tanto sobre usted. Después de las fotos en su lápida y toda la polvareda levantada.

MUJER: Cree que me conoce.

HOMBRE: Si una persona que está ayunando se traga su saliva, no invalida su ayuno, aun si esto ocurre con frecuencia o si el volumen de saliva es grande; tampoco importa si esto ocurre en la mezquita o en cualquier otro lugar. Sin embargo, si la saliva es espesa, como el moco, la persona no debe tragársela, sino que debe escupirla en un pañuelo o algo parecido si se encuentra en la mezquita. **(El HOMBRE sale)**.

SELMA: Sé que tiene una estatua en Nueva York. En Bryant Park. No creo que yo tenga jamás una estatua.

MUJER: Prefiero una lápida en el cementerio de Peré Lachaise. La gente buscándome en el mapa de la eternidad. Plano: cuadrante noventa y cuatro. Tumba: número dos.

Pausa.

SELMA: Sé que falleció el veintisiete de julio de mil novecientos cuarenta y seis. Cáncer de estómago.

MUJER: No me lo recuerde, querida. **(Bebe)**. Una mala asimilación de la anestesia.

SELMA: Dos años antes, en junio del cuarenta y cuatro, las tropas estadounidenses desembarcaron en la playa de Omaha. La operación de Normandía. Hitler caía. Perdía el control.

Pausa.

SELMA: Y en agosto del cuarenta y cuatro, París era liberada.

MUJER: ¿Me permite que mire por los prismáticos?

SELMA asiente. La MUJER coge los prismáticos y va al ventanal.

SELMA: Buscando información suya me encontré con una foto. Una foto hecha por un joven llamado Robert.

Pausa.

SELMA: El joven había sido enviado como corresponsal de la revista *Life* a Francia junto con las tropas que efectuaron el desembarco de Normandía. Robert tenía treinta años. La foto la tomó a las pocas semanas del desembarco. En Chartres.

MUJER: Oh, Chartres. Tiene una hermosa catedral. **(Mirando por el ventanal)**.

SELMA: La foto ha pasado a la historia bajo el título de “La rapada de Chartres”.

MUJER: ¿La rapada de Chartres? Qué intenta decirme.

SELMA: Le describiré la fotografía: en la foto se ve a una mujer rapada. Ocupa el centro visual. Se llama Simone. Simone Touseau. Tiene veintitrés años y lleva en brazos a su hijo, un bebé de menos de un año.

Pausa.

SELMA: A Simone le han rapado el pelo al cero y marcado la frente con un hierro candente. El pueblo la acusa de “colaboración horizontal” con los nazis...

MUJER: ¿Colaboración horizontal?

SELMA: Sí. De haber tenido sexo con un militar alemán en los años de la ocupación de Francia. “Colaboración horizontal”.

Pausa.

SELMA: Por delante de la joven, solo unos pasos, ataviado con boina y una bolsa de tela, vemos a su padre, el señor George Touseau. Tras él, un tanto oculta, también rapada por obligación, su esposa, Germaine; la madre de Simone. Toda la familia es sometida a la humillación del pueblo de Chartres. El fotógrafo era un tal Robert. Robert Capa.

MUJER: Qué horror. De Chartres sólo recuerdo su hermosa catedral, querida.

SELMA: Simone fue condenada en mil novecientos cuarenta y siete a diez años de lo que se llamaba *degradación nacional*. ¿Sabe qué significaba?

MUJER: No lo sé. ¿Qué significaba?

SELMA: Dejarla sin derechos. Convertirla formalmente en una ciudadana de segunda fila. Se le juzgó por traición. Murió en el año mil novecientos sesenta y seis, alcoholizada, con cuarenta y cuatro años de edad.

MUJER: La verdad, debo decirle que mi mayor preocupación es que mis preocupaciones no alcancen mi conciencia. No obstante, me está ofendiendo. Qué insinúa, querida.

SELMA: Lo único que digo es que usted tuvo mucha suerte.

MUJER: ¿Mucha suerte?

SELMA: A usted nadie le rapó la cabeza.

MUJER: Es repugnante eso que intenta decirme.

Pausa.

MUJER: ¿Qué hay de usted?

SELMA: ¿De mí? En qué sentido...

MUJER: **(Le interrumpe. Comienzan aquí un diálogo veloz, impulsivo; interrumpiéndose donde aparecen los puntos suspensivos en el texto).** Usted puede tildarme a mí de...

SELMA: **(Le interrumpe).** No la he tildado de...

MUJER: **(Se solapan)**... Frívola y clasista. Y se permite juzgarme con tres o cuatro artículos que ha leído sobre mí. Escritos a saber por quién. “Se non é vero en ben trovato”, ¿verdad? Yo fallecí en el año mil novecientos cuarenta y seis. No puede saber qué sentimientos profundos me llevaron a actuar como actué... No tiene ni idea de lo que sentí. De lo profundo que tuve que enterrar mis raíces para seguir dejando que algunos pájaros se posasen en mis ramas y...

Ambas argumentan con ímpetu.

SELMA: ...Lo único que digo es que me desconcierta su código moral porque...

MUJER: Yo fui *una* mecenas. Protegí y amparé a grandes pintores de aquella época. A grandes escritores. Sin mi alguno de ellos, Picasso, Matisse... no habrían llegado tan pronto a la categoría que alcanzaron...

SELMA: ... No es mi intención devaluar su papel... no pretendo menospreciarla porque...

MUJER: ...Fui madrina, confidente, provocadora. Atesoré manuscritos, obras, fotos, cartas, libros. Fui una virgen cruda mientras estudiaba medicina en América. Libros de mil páginas bajo el brazo y mi sombrero almidonado. Yo traduje a Flaubert al inglés...

SELMA: ... También tradujo los discursos del Mariscal Pétain...

MUJER: ...Los muchachos en la universidad Jonh Hopkins me veían como a un muchacho más y sí, fui lesbiana. Una lesbiana libre en la Francia ocupada por los nazis. Lo fui antes de que los nazis ocuparan el país. Yo no tuve la culpa de que lo hiciesen. Yo estaba allí antes que ellos y que el Mariscal Pétain llegasen. ¿Quiere saber lo que realmente sentía en aquel entonces hacia esas personas? ¿Quiere saberlo?

SELMA: ... No hace falta que...

MUJER: Pues sólo hay una opción: viaje en el tiempo, querida. Viaje en el tiempo. Constrúyase una máquina para viajar en el tiempo...

SELMA: ...Usted...

MUJER: **(Se sirve un vaso de alcohol. Vuelve hacia el ventanal a mirar con los prismáticos)**. Yo seguía viviendo con Alice. Las dos éramos judías. Una era el apéndice de la otra. Dos judías lesbianas viviendo en la Francia ocupada por los nazis. Usted sabe tan bien como yo lo que supone tener infrecuentes incidentes en la vida. ¿Usted sabe lo que es convertir una vida en una complicación debido a la inteligencia?...

SELMA: ¿Debido a la...

MUJER: ...Así pues, usted no puede reducir mi historia a una serie de comentarios memorables. No puede juzgar mi apetito por el riesgo. **(Bebe)**. Por desafiarme a mí misma a caminar sobre las aristas. "Hasta que los leones no tengan sus propios historiadores, las historias de cacería seguirán glorificando al cazador", ¿no es eso lo que dice el proverbio? y...

SELMA: **(Gritando)**. ¡Usted mostró su apoyo a Hitler y...

MUJER: ...No entiende nada...

SELMA: ...Usted escribió un estudio sobre «La grandeza y las cualidades del Führer» en el que...

MUJER: ... Sí, sí, sí, sí Y... y también tenía escritos de Apollinaire achicharrándose junto a la chimenea y cuadros de Picasso y Cezanne en mi casa, mal colgados de las paredes, solo porque me gustaban no porque supiese qué cantidades iban a pagar por ellos cuarenta años más tarde en una subasta en Londres o donde fuese; como verá no tenía la convicción de que todo iba acabar como...

SELMA: ... Usted fue quien abanderó la campaña pro Hitler: «La supresión de los judíos es sinónimo de Paz». Usted lo dijo. Usted pidió que le concediesen el premio nobel de la paz en el treinta y ocho... y...

MUJER: **(Le interrumpe gritando)**. El hombre ese. Está en la azotea.

SELMA se acerca deprisa al ventanal. Le coge los prismáticos a la MUJER. Mira al exterior.

SELMA: No hay nadie. Qué dice.

MUJER: Tenía que cortar esta conversación, querida.

Se produce una pausa larga e incómoda.

SELMA: Siento... haberle gritado.

MUJER: Me gustan las mujeres. Vehementes. Duras como las piedras del campo.

SELMA: Esto es absurdo. Creo que he perdido por completo la cordura. Usted es una alucinación. No sé qué me está...

MUJER: **(Le interrumpe)**. Que más dará eso. Mahoma también sufrió alucinaciones. Se le aparecía el arcángel Gabriel. Estaba asustadísimo. Su primera revelación tuvo lugar durante el Ramadán. El hombre pensaba que se estaba volviendo loco.

SELMA: Algo había oído.

MUJER: Mahoma decidió que no quería ser el loco del pueblo, pensaba que alucinaba, y ¿sabe qué decidió...? Decidió ir a quitarse la vida a las afueras de la Meca. A un elevado peñasco. Tirarse y morir. Pero oyó una voz.

SELMA: ¿Una voz?

MUJER: La misma voz que ya había oído. Un hombre. Que le decía que no se tirase y que le decía: soy Gabriel, el arcángel. Entonces no se lanzó. No se tiró desde el peñasco pero seguía muy asustado. Regresó a casa y le dijo a su mujer que algo malo le estaba pasando. Le dijo: “envuélveme en una manta, envuélveme en una manta”. Su mujer le arropó.

SELMA: No sé qué pensar...

MUJER: No tiene que pensar en nada. A veces pensar es lo que hace que nos duela la cabeza.

Pausa.

SELMA: Sólo a un mediocre le dolería la cabeza por pensar... **Pausa.** ¿Ve mi bolso? Allí, junto a la butaca. ¿Le importaría acercarme un sobre que hay dentro?

La MUJER va hacia el bolso. Cerca de una butaca. Lo abre y saca un sobre. Se acerca de nuevo al ventanal donde SELMA sigue mirando por los prismáticos de cuando en cuando.

SELMA: Mire lo que hay. Yo ya lo he visto.

La MUJER mira en el interior del sobre. Saca unas fotografías.

MUJER: Son unas fotografías. Un hombre y una mujer en un apartamento lujoso. La mujer de la foto no tiene la cabeza... rapada. **(Irónica).**

Pausa.

MUJER: ¿Quiénes son?

SELMA: Él es... mi editor.

MUJER: ¿Y quién es la mujer? ¿La que aparece en la foto?

SELMA: Es una política.

SELMA parece marearse.

MUJER: ¿Se encuentra bien?

La MUJER se acerca a ella antes de que SELMA se caiga al suelo. La lleva hasta la butaca. Allí la sienta.

MUJER: ¿Qué le ocurre? Siéntese. Desde aquí no se caerá.

SELMA: No es nada.

MUJER: ¿Qué le pasa? ¿Está enferma?

SELMA: Se me pasará. Es solo temporal. Unos minutos. A veces... verá... a veces una palabra llega con fuerza hasta mi cabeza.

MUJER: ¿Una palabra?

SELMA: Palabras sueltas. Las voy apuntando.

MUJER: ¿Me toma el pelo?

SELMA: “Hola”, “Reinhold Messner” y “Nicosia”. Son las tres palabras que han aparecido estos días.

MUJER: No sé quién es Reinhold Messner.

SELMA: No es ningún arcángel. Es un alpinista.

MUJER: ¿Es Chipriota?

SELMA: No. Lo he buscado. Es italiano.

MUJER: No comprendo la lógica.

SELMA: Ni yo. Pero, no obstante... tengo una hipótesis. Creo que alguien... verá... creo que alguien está contactando conmigo mediante algún sistema de... verá... mediante un sistema de... telepatía.

MUJER: ¿Telepatía?

SELMA: Da igual... déjelo. El caso es que cada palabra que recibo... cada palabra que llega a mi cabeza es clara, nítida. Como si llegase por unos cables bajo el agua.

MUJER: Cables bajo el agua...

SELMA: Nítidas. Diáfanas. Pero provocan un dolor enorme en mi cabeza y me desmayo. Me caigo al suelo.

Pausa.

SELMA: Esa mujer que está en la foto... Con mi editor.

Pausa.

SELMA: Es una política muy importante de mi país. Una mujer que está ganando muchos votos con un discurso islamófobo, xenófobo. Clasista y excluyente. Un discurso ultra derechista.

MUJER: ¿Y es amiga... de su editor?

SELMA: Jamás los habría relacionado.

La MUJER se fija en unos libros que hay por el suelo de la habitación. Los recoge y los apila. SELMA parece necesitar cerrar los ojos, descansar.

MUJER: ¿Le importa que les eche un vistazo? (**Refiriéndose a los libros que hay por el suelo**).

SELMA: Adelante. Pero no espere encontrarse alguno suyo. No he leído ninguno de sus libros. Bueno sí... algunos poemas. Y, la verdad, no son mi estilo.

MUJER: Descuide. Soy una alucinación. No me ofende.

SELMA: Como le he dicho... llevo varios meses sin dormir bien y leo mucho.

La MUJER ojea varios libros sentada en el suelo.

SELMA: Una vez en una entrevista que me hicieron para un programa de televisión... me preguntaron por usted. Sí. Después de aquello de las fotos en el cementerio cerca de su tumba. Puse su nombre de moda. Todo era preguntarme por Gertrude Stein. Recuerdo que me preguntaron, qué sabía de usted.

Pausa.

SELMA: ¿Que es lo que sabe de Gertrude Stein? Y yo les respondí: solo sé que Gertrude Stein no es el nombre de una marca de pianos.

MUJER: ¿Una marca de pianos?

SELMA: Me di cuenta de que nadie sabía realmente mucho sobre usted. Yo la primera. Lo de los pianos lo dije porque a mí me recordaba a eso. Por lo de su apellido: Stein. La marca Steinway and Sons. ¿Le suena? En fin...

MUJER: Sí. Me suena. Stein, mi apellido... ¿sabe qué significa? Significa "piedra". Quizás de ahí mi forma de ser. Mi carácter.

SELMA: Piedra.

MUJER: Sí. Piedra.

Pausa.

SELMA: Me gustaría irme de aquí. Comprarme una perra e irme a pasar una larga temporada con mi madre.

MUJER: Pues váyase.

SELMA: Soy una rehén de mi misma.

MUJER: Todas las mujeres lo somos.

SELMA: Estoy amenazada por un grupo terrorista. Usted no... no lo comprende.

SELMA se recuesta en la butaca.

MUJER: ¿Qué hay que comprender?

SELMA: Yo solo escribí una maldita novela. Contra los fundamentalismos de toda índole. No era mi objetivo estar en el foco de un grupo terrorista. Mi idea era la de crear reflexión. Sin más.

Pausa.

MUJER: Ya. Me pregunto... ¿Por qué cree que su editor es amigo de esa mujer? La que ha dicho que es de ultra derecha.

SELMA: Le diré lo que pienso: creo que todo el jodido asunto de las fotos en el cementerio, junto a su lápida, fue ideado por ese partido político. El que lidera esa mujer.

MUJER: No le sigo.

SELMA: Crear una mártir. Un rumor. Un concepto visible: la maldad de los musulmanes.

MUJER: ¿Cree que su editor se prestó a ese juego con ese partido político? Pero... ¿a cambio de qué? ¿Por qué iba a hacer eso?

SELMA: Mis libros son muy vendidos en mi país y otros países. A ese grupo político le conviene emparentarme ideológicamente con sus ideas xenófobas. Decir a los votantes: ¿han visto lo que esos malnacidos fundamentalistas musulmanes han hecho con una de nuestras escritoras más valiosas? Si le han puesto precio a su cabeza a una probable premio nobel de literatura... ¿Que no harán con ustedes? ¿Lo comprende? Eso les conviene para ganar más votos. Y a él, a mi editor... han llegado hasta mí rumores.

Pausa.

SELMA: Rumores de que tendría un puesto de relevancia en el partido. Si el partido llega a gobernar.

Pausa.

SELMA: Las fotos me las dejó alguien ayer por debajo de la puerta de esta habitación. Mire lo que pone por detrás.

La MUJER mira las fotografías por detrás.

MUJER: Es una fecha.

SELMA: Hay apuntada una fecha y una hora.

MUJER: Siete de septiembre. Cinco y veinte de la tarde.

SELMA: ¿Sabe donde estaba yo ese día? ¿El día en que alguien hizo las fotos a mi editor reunido con esa política de ultraderecha en ese lujoso apartamento?

MUJER: No lo sé.

Pausa.

SELMA: En el cementerio. Junto a su lápida, señora "Piedra".

Pausa. SELMA se queda mirando las fotos muy pensativa. Concentrada.

SELMA: Aquí está sobre la mesa el tema del supremo compromiso moral de los escritores. Si hablo del Ramadán para cuestionar los dogmas, esta calaña de la ultraderecha le da la vuelta al calcetín y aprovecha para soltar su retórica: ¿ven?..., hasta nuestra más querida escritora de izquierdas cuestiona y demoniza el Ramadán.

El libro... eclosionó en ventas. Y detrás de toda esta mierda... mi editor. La gente comenzó a juzgarme. A llamarme islamófoba.

MUJER: Usted... Usted me juzgó a mí por algo similar.

SELMA: ¿Ah, sí?

MUJER: Por quedarme en la Francia ocupada por los nazis. Yo, una escritora lesbiana y judía.

SELMA: Que puedo decir... **(Mira las fotos de nuevo).**

MUJER: Los intelectuales. La intelectualidad debe saber comprometerse. Eso piensa, ¿verdad?

SELMA: Eso pienso.

MUJER: Cuando los alemanes ocuparon Francia nadie podía imaginarse lo que se venía encima. En Francia la situación no era como la de España, por ejemplo. En España los vencidos tuvieron que marcharse o esconderse. Pobres. Tenían que hacerlo para sobrevivir. No les quedaba más remedio. Pero en Francia, no. El mayor ejército de Europa, el francés, se vino abajo en seis semanas. Eso no podía esperarlo nadie, querida. Sí. Y los alemanes ocuparon el país. Yo, al menos, no sabía qué pensar. Me habla usted del mariscal Pétain. Me dice que yo defendí a Pétain. Que yo traduje sus textos al inglés. Y es cierto.

Pausa.

MUJER: Pero usted no sabe la imagen que en Francia en aquella época teníamos de Pétain. El hombre que se alió con Hitler... ¿Sabe que nos decía? ¿Qué decía al pueblo?: “Yo os protegeré”. A que le recuerda a alguien. **(Le señala las fotos, haciendo alusión al editor de SELMA).** Eso decía. “Conmigo estaréis seguros”. Tardamos en entender

que Pétain no iba a poder hacer nada de lo que prometía. No soy la única que cree en alguien, que confía en alguien que luego... le traicionará.

SELMA: No. No lo es.

MUJER: Pétain era el viejo héroe de la primera guerra mundial. Le creímos. Sí. Le creí.

Pausa. SELMA la observa.

MUJER: Le pido que se imagine el siguiente escenario de aquella época: Francia ocupada por los nazis. El mariscal Pétain aceptando ser el perro guardián que gobierna sin rechistarle a Hitler. ¿Y el resto del mundo...? ¿Qué hacía, se preguntará? Estados Unidos diciendo, que cada palo aguante su vela. Al menos al principio de la ocupación. No queriendo entrar en guerra. Rusia apostando por Hitler, firmando el pacto Molotov - Von Ribentrop. ¿Qué le parece? Bien. Podría irme a España. Ah, no, que allí estaba Franco. Pues a Italia. Que bella Italia. Ah, no, querida, piénselo, tener que hacer la vista gorda con Musolini. ¿Reino Unido, entonces? Hacer la mudanza. Pues mire, tampoco porque según sabíamos, estaba a punto de ser invadido.

Pausa.

MUJER: Así pues, esta lesbiana, su amada Alice y su perro Basket decidieron que el mal menor era quedarse allí. En el maravilloso dúplex próximo a los jardines Luxemburgo y... esperar.

SELMA: Esperar es un verbo... desesperado.

MUJER: Le parecerá curioso pero ¿sabe de dónde surgió la Resistencia francesa? De los que se quedaron en la Francia ocupada. De los que decidieron *esperar* a ver qué demonios pasaba. Esperar... a ver qué planes tenía la historia para aquel pueblo.

Pausa.

MUJER: Lo diré lo que hacía la mayoría cuando los alemanes ocuparon Francia: sus quehaceres habituales. Escabullirse del campo de visión de los invasores. Enfrascarse en sus cosas. Los tenderos abrían sus tiendas, los...

SELMA: (**Le interrumpe**). Pero usted, no era tendera. Usted era... Era escritora. Y lesbiana. Y judía. Era judía, señora Stein. Judía. Y lesbiana.

Pausa larga.

MUJER: Dura como una piedra, querida. Como una piedra. Y ciega como una piedra.

SELMA: El pueblo quizás esperaba de usted una actitud modélica.

Pausa.

MUJER: Deje de culparme. Qué quiere que haga. Estoy muerta. No puedo pedir perdón. ¿Quiere que haga un comunicado para que retiren la estatua que hay en Bryant Park, en nueva York? ¿Eso quiere? Solo se paran a cagarme las palomas. Sin más. ¿No le parece justicia poética? No sé qué puedo hacer ahora. Ya es tarde para que me rapen la cabeza como a esa joven de Chartres. No fui la única, querida. No lo fui. Podría darle tantos nombres... Y esa estampa del París rebelde que tiene en su cabeza, no se sostiene. Usted pretende armonizar las cosas. Buscarle un sentido último. Un propósito a todo. La vida no... la vida no avanza en línea recta.

Pausa.

MUJER: La vida es una imposición, en algunos casos y circunstancias, difícil de cumplir. Usted está ahora aquí, esperando un premio. El premio más importante. Intentando batallar también contra sus propios fantasmas. No desea que la gente crea que es racista o que tiene especial odio hacia la comunidad musulmana. No desea eso. No desea que la emparenten con quien no corresponde. Mírese... Amenazada de muerte por un grupo terrorista y alucinando conmigo. Con una escritora... que le recordaba a la marca de un fabricante de pianos. Podría haber escrito sobre cualquier otro tema. Y escogió precisamente mancharse las manos de barro.

Pausa. SELMA coge del interior de su bolso una pequeña libreta. Apunta algo en ella.

MUJER: ¿Me ha escuchado lo que le he dicho, querida?

SELMA: Sí. Claro. Perdone, es que necesito... necesito apuntar la otra palabra. Antes de que se me olvide. La nueva palabra que recibí antes telepáticamente, ya sabe... bueno cuando me desmayé, me refiero. Recibí una nueva palabra.

MUJER: Mmm... ¿Y qué palabra es?, si puede saberse, querida.

Pausa.

SELMA: Doppelganger.

MUJER: ¿Doppelganger?

SELMA: Sí. “Hola”, “Reinhold Messner”, “Nicosia” y... “Doppelganger”.

Pausa.

SELMA: Tengo tanto... frío. ¿Está nevando?

MUJER: (**Mira fuera por el ventanal**). No. No nieva. **Pausa.** ¿Quiere que la arroje?

SELMA: Envuélvame en una manta. Sí. Envuélvame en una manta, señora Stein.

Las dos mujeres se miran. La MUJER ve que detrás de la butaca hay una pequeña manta, un chal. Se lo pone, arropándola, a SELMA, que se ha quedado dormida hecha un ovillo en la butaca. La MUJER sale de la habitación. Oscurece.

CUADRO 10

Entra el HOMBRE y la MUJER. Vestidos ambos con jersey de lana estampado. Él trae una mesa y ella dos sillas y una pequeña radio. Ella también trae una revista. Se sientan uno frente al otro. Ella busca una emisora en la radio, deja la revista sobre la mesa donde también habrá colocado la radio. Comenzamos a oír sonido de diferentes frecuencias hasta que por fin sintoniza una emisora. Oímos lo que dice alguien en la emisora a través de una VOZ EN OFF. El HOMBRE y la MUJER escuchan atentamente.

VOZ EN OFF: “Un pez en el océano puede pensar que todo lo que existe es únicamente agua pero no saber que están las nubes, el cielo, el aire, la tierra firme, las montañas...”. La historia de la humanidad nos enseña que no hay una idea más despótica que la del delirio de la realidad real. Hoy, les planteamos lo siguiente: ¿Podemos acaso seguir viviendo con verdades relativas? ¿Podemos vivir con preguntas para las que no hay respuesta? ¿Con la sabiduría alcanzada para dudar de todo? Solo esta incertidumbre nos trae la tolerancia. El mundo está como está por causa de las certezas y...

El HOMBRE apaga la radio. Pausa.

MUJER: ¿Has salido? A la azotea. Has vuelto a salir. **(Ella no le mira. Pasa las páginas de una revista).**

Pausa. El HOMBRE no contesta.

MUJER: **(Mira al HOMBRE).** Tienes algo en el hombro. Creo que son copos de nieve. Debe estar nevando.

Pausa. El HOMBRE no responde. Mira a la MUJER. A veces evita mirarla.

MUJER: **(Ojea la revista).** Hay un test. En esta revista. Me propuso Gina que la comprase.

Pausa.

MUJER: Aquí está. **Pausa.** “Si pudieses invitar a cualquier persona del mundo a cenar ¿a quién invitarías?” **(Mira al HOMBRE unos segundos).** Yo invitaría a... Bueno.

Pausa.

MUJER: “¿Te gustaría ser famoso? ¿De qué manera?”. Eso sí lo tengo muy claro. Ser una famosa cantante. Abrir la boca y dejarles a todos con la boca abierta.

Pausa.

MUJER: “Si fueses capaz de vivir hasta los 90 años y mantener o bien la mente o bien el cuerpo de una persona de treinta años de edad durante los últimos sesenta años de tu vida... ¿qué preferirías?”

Pausa.

MUJER: Completa esta frase: “Los dos estamos en esta habitación sintiendo...”

Pausa.

MUJER: “¿Qué consideras, si es que lo hay, algo demasiado serio como para bromear sobre ello?”

Pausa. El HOMBRE sigue callado. Coge la radio y la limpia echándole vaho. La repasa con los dedos.

MUJER: Una más... Esta: "Si murieses esta noche sin posibilidad de comunicarte con nadie... ¿qué es lo que más lamentarías no haberle dicho a alguien?"

Pausa.

MUJER: Sé que no sabes cómo decírmelo: que no me quieres. Que estás atrapado. Que no quieres seguir viviendo conmigo. Que no quieres un futuro a mi lado. Lo sé. Y sé que subes a la azotea para intentar lanzarte al vacío. Gina me lo hizo ver. Gina me dijo: Háblalo con él. Pero en el fondo... sabía que no ibas a tirarte.

Pausa.

MUJER: Me iré a vivir con Gina. A su casa. Es algo meditado. Ya no tienes que tomar medidas desesperadas. Quiero que seas feliz.

Pausa.

MUJER: Dime solo una cosa... ¿Por qué no te tiraste desde la azotea? ¿Por qué no saltaste al vacío y acabaste con todo? ¿Fue miedo o fue otra cosa?

Pausa.

MUJER: Responde. ¿Por qué? ¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué fue? Respóndeme. **(Lo dice con suavidad)**. Respóndeme **(Ahora lo dice gritando)**. ¿Qué cojones fue? ¡Dilo! ¡Dilo, joder!

El HOMBRE la mira. Ella le mantiene la mirada. Oscurece.

CUADRO 11

SELMA elegantemente vestida. Camina hacia la ventana de la habitación del hotel. Lleva en las manos las fotos del sobre que le dejaron bajo la puerta. Las observa. Luego observa las vistas desde el ventanal. Está sola en la habitación.

SELMA: Está nevando. Me gusta cuando caen los copos de nieve. Me he fijado. Esa forma de caer lenta, lejos del empecinamiento al caer que suele tener por ejemplo la lluvia. La nieve cae como si le importase poco el tiempo que pueda perder. Ajena. No tiene urgencia por llegar al suelo. Para qué si sabe que al final se derretirá enseguida y

su presencia desaparecerá. Eso me gusta de la nieve. Todos deberíamos caer en la vida como cae la nieve: ajena al barro que nos espera al final.

Pausa.

SELMA: Hoy he visto el vídeo. El vídeo en que el líder de un grupo terrorista me amenaza. Una coreografía del miedo. Tres millones treinta y dos mil visitas. Más que el último videoclip de muchos cantantes pop. Una amenaza que acaba pulida por las visualizaciones. Una amenaza erosionada por los clics de los usuarios de internet. Ha perdido su fuerza para conmoverme. Sí. También se pueden pulverizar fantasmas a golpe de pestaña abierta o cerrada en internet. Estoy orgullosa de mi novela. Orgullosa de denunciar los fanatismos.

Pausa.

SELMA: No sé qué haría yo si los nazis entrasen en París con sus esvásticas y me pillasen a mí y a mi amante lesbiana paseando al perro por los campos elíseos. No sé qué haría yo si obligase a mi cuerpo a no comer ni beber durante dieciocho horas seguidas para cumplir un mandato de un profeta que sufría alucinaciones.

Pausa.

SELMA: No sé qué haría yo si fuese un editor que puede aspirar a convertirse en ministro de cultura en un gobierno de ultra derecha a cambio de traicionar a su mejor escritora. **(Mira las fotos).**

SELMA: Probablemente *preferiría no hacerlo*. Eso es: preferiría no hacerlo. Quedarme mirando esta ventana todo el tiempo hasta que parase de nevar y sintiese que todo es en realidad una fábula. Nadie podría sacarme de aquí. Tendrían que llevarse el hotel, desmontarlo pared a pared, pero yo seguiría aquí. Preferiría no hacerlo. Preferiría no tener que tomar esas decisiones pero la vida también, sí, es el único lugar donde uno puede equivocarse. La vida es el único lugar donde uno puede fracasar. O acertar.

Pausa.

SELMA: Yo he decidido perdonarle. Perdonar a mi editor, aunque él pensaba que ya le había perdonado. No sabe que alguien me ha entregado estas fotos que le delatan. Que me corroboran que es un bastardo.

SELMA va a hacia su bolso. Coge unas cerillas. Mete las fotos en un cuenco y prende fuego. Mira arder las fotografías.

SELMA: La bifurcación ineludible: el rencor o el perdón. Yo he decidido. Que voy a perdonarle. Pero también he decidido que él nunca lo sabrá. Nunca sabrá que lo voy a perdonar. Ya sé que hay gente capaz de confundir un cabaret con un crematorio. Hay gente así. Él es de esos. Estás perdonado, bastardo. Gusano. Miserable mezquino. **(Mira como arden las fotos. De nuevo se acerca a la ventana)**. A esto es a lo que llaman domesticar la ofensa.

SELMA está junto a la ventana. Entra el EDITOR. Ella no se gira. Él le habla desde la puerta de la habitación.

EDITOR: La limusina está en la puerta. El rey de Suecia te espera.

Pausa.

EDITOR: Huele a quemado.

SELMA: Ardo por dentro. Será eso.

Ella se acerca a la puerta donde él se encuentra. Ambos partirán camino a la recepción oficial del premio nobel de literatura. Ha de llevarse a cabo la siguiente coreografía a partir del momento en que SELMA camina hacia la puerta:

La iluminación cambia. Es ahora azulada, distinta. SELMA al llegar a donde está el EDITOR, deja que este la tome del brazo. Ambos caminan desde ese momento lentamente hacia el centro del escenario.

La iluminación que es azulada comienza a llenarse de luces de flashes disparándose. Flashes de reporteros que tratan de inmortalizar la escena. El EDITOR Y SELMA avanzan hacia el centro del escenario sonriendo. Lentamente. Actúan como si fuesen el centro de atención de decenas de cámaras, micrófonos y medios de comunicación. Al llegar al centro de la escena el EDITOR besa a SELMA en la mano y se sitúa detrás de ella dejando que todos los flashes recaigan en SELMA. La escritora que recogerá el premio nobel. SELMA saluda. Está nerviosa. Mira a un lado y a

otro para posar para todos los medios. No está acostumbrada a los focos y las luces. Le cuesta el ceremonial. El EDITOR está justo detrás de SELMA, sonriente.

SELMA mira al frente y saluda. Parece que los focos le molestasen pero trata de sonreír. De pronto, entre todos los flashes, un punto rojo aparece en la frente de SELMA. Se trata sin duda de un láser. Todo lo que ocurrirá a continuación sucederá a cámara lenta. Así lo ejecutarán tanto SELMA como el EDITOR:

SELMA tiene el punto rojo del láser en la frente. SELMA parece marearse. Una última palabra o frase parece haber llegado a su cabeza por telepatía, como ella misma diría. SELMA parece agacharse, como si estuviese a punto de perder el equilibrio, se aprieta la cabeza con las manos, y en ese momento, al agacharse SELMA, el punto rojo se desplaza a la frente de su EDITOR que está precisamente detrás de ella. Súbitamente suena un disparo. Su EDITOR cae desplomado al suelo justo cuando SELMA se incorpora tras haber recuperado un poco el equilibrio. SELMA mira hacia atrás lentamente y ve a su EDITOR en el suelo. SELMA se gira y se agacha. Se queda en el suelo abrazada al cuerpo malherido de su EDITOR. Todo será ejecutado siguiendo esta coreografía y con movimientos a cámara lenta. Como la nieve cuando cae. Mientras SELMA y el EDITOR permanecen en foto fija en el suelo, una iluminación diferente da entrada - por ambos lados del escenario- al HOMBRE y a la MUJER.

El HOMBRE se sitúa donde siempre: al frente del escenario junto al lado izquierdo, vestido solo de negro. La MUJER se sitúa en el otro extremo, en lado derecho, en la parte delantera del escenario, vestida solo de blanco.

La iluminación se desplaza al centro del escenario quedando más difuminado el resto donde se encuentran el HOMBRE y la MUJER. Vemos a SELMA coger la cabeza del EDITOR. Éste aún tiene fuerzas para decir unas palabras, moribundo.

EDITOR: Iban a darme... un ministerio. El ministerio de cultura. Me lo prometieron.

SELMA: No hables. Pronto vendrá una ambulancia.

EDITOR: Tú lo sabías...todo.

SELMA: Ya oigo las sirenas... **(No se oye ninguna sirena).**

EDITOR: ¿Las sirenas? Ya escucho sus cantos.

Pausa.

EDITOR: He visto que te desmayabas... ¿Qué palabra oíste esta vez...? ¿Qué palabra ha venido a tu cabeza...?

SELMA: “No lo sé”.

EDITOR: Dímelo, por favor. ¿Qué palabra...?

SELMA: Esas fueron las palabras. Eso es lo que oí con fuerza. Con una fuerza que no había oído nunca: “No lo sé”.

El EDITOR muere en brazos de SELMA. La iluminación vuelve a iluminar al HOMBRE y la MUJER. La escena del centro del escenario, donde están SELMA y el EDITOR, va dejando poco a poco de estar iluminada hasta acabar a oscuras.

HOMBRE: Según los datos que han trascendido de la agencia de noticias Sweden Press... el asesinato del editor de la escritora que hoy recibía el premio nobel...

MUJER: Ha sido obra de alguien identificado como un varón de unos veintiséis años residente en Manaus, Brasil, que se habría desplazado recientemente hasta la capital sueca. El hombre había urdido un plan para atentar contra la famosa escritora, no contra su editor.

HOMBRE: El presunto asesino había iniciado hace unos meses una recogida de firmas en contra de la escritora en la plataforma de internet change punto org. Al conocerse la identidad del presunto asesino, el número de firmas de su campaña ha pasado de las apenas cuatrocientas en los últimos meses hasta las veinte mil en pocas horas.

MUJER: El joven denunciaba un libro de la escritora en el que, según el presunto homicida, ésta ofendía la imagen pública del reputado científico Stephen Hawking.

La iluminación que recae sobre la MUJER desaparece. Solo queda iluminado el HOMBRE.

HOMBRE: El científico Británico ha enviado un comunicado a los medios desde su casa esta misma tarde, tras conocer la noticia, afirmando que: *“Sólo somos una raza avanzada de monos en un planeta menor de una estrella promedio”*.

Oscurece. Suena “A case of you” de Joni Mitchell en la versión de James Blake.